

# La Esfera

Año IX \* Núm. 445

Precio: Una peseta



CAMARA-FJQ

# HORNIMAN'S PURE TEA



Casa Fundada  
en Londres  
1826

El té  
predilecto  
de las  
Embajadas  
de Europa!



Con Dios me acuesto,  
con Dios me levanto,  
y en la PECA-CURA  
siempre soñando.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —  
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.  
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones  
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

## ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,  
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,  
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,  
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.  
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con  
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

## MONDARIZ

Prov.<sup>a</sup> Pontevedra (Galicia)  
LA SUIZA ESPAÑOLA

AGUAS BICARBONATADO-SÓDICAS

Gran Hotel del establecimiento  
BALNEARIO a cargo

Messrs. Baer y García  
(Invierno en Tenerife.)

Gran Hotel Taoro)

Suntuoso edificio. 300 habitaciones y sa-  
lones. Confort moderno. Esm. rado servicio.  
Cuisine soignée. Delicioso sitio de verano.  
Término medio de pensión comple a y habi-  
tación, 21 pesetas. Servicio automóviles con  
las estaciones de Salvatierra y Porriño.

## TAPAS

para la encuadernación de

## La Esfera

confeccionadas con gran lujo  
Se han puesto á la venta las  
correspondientes al primer  
semestre de 1922

Dé venta en la Administración de  
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,  
al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

## TÉ ENDVAR, de excelencia sin par



Para toda la publicidad ex-  
tranjera en "La Esfera" y  
"Mundo Gráfico", dirigirse  
á la Agencia Havas.  
Paris: 62, rue de Richelieu.  
Londres: 6, Bream's Bul-  
dings, Chancery Lane. Lon-  
don. E. C. 4.



# ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque toni-  
fica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia,  
diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento,  
dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID,  
desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

# PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐  
"NUEVO MUNDO" ☐ "LA NOVELA SEMANAL"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN  
(PAGO ANTICIPADO)

## La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	40 pesetas
» » .....	Seis meses.....	22 »
EXTRANJERO .....	Un año .....	75 »
» .....	Seis meses.....	40 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año .....	55 »
» » .....	Seis meses.....	30 »

## Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	15 pesetas
» » .....	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO .....	Un año .....	32 »
» .....	Seis meses.....	18 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año .....	18 »
» » .....	Seis meses.....	10 »

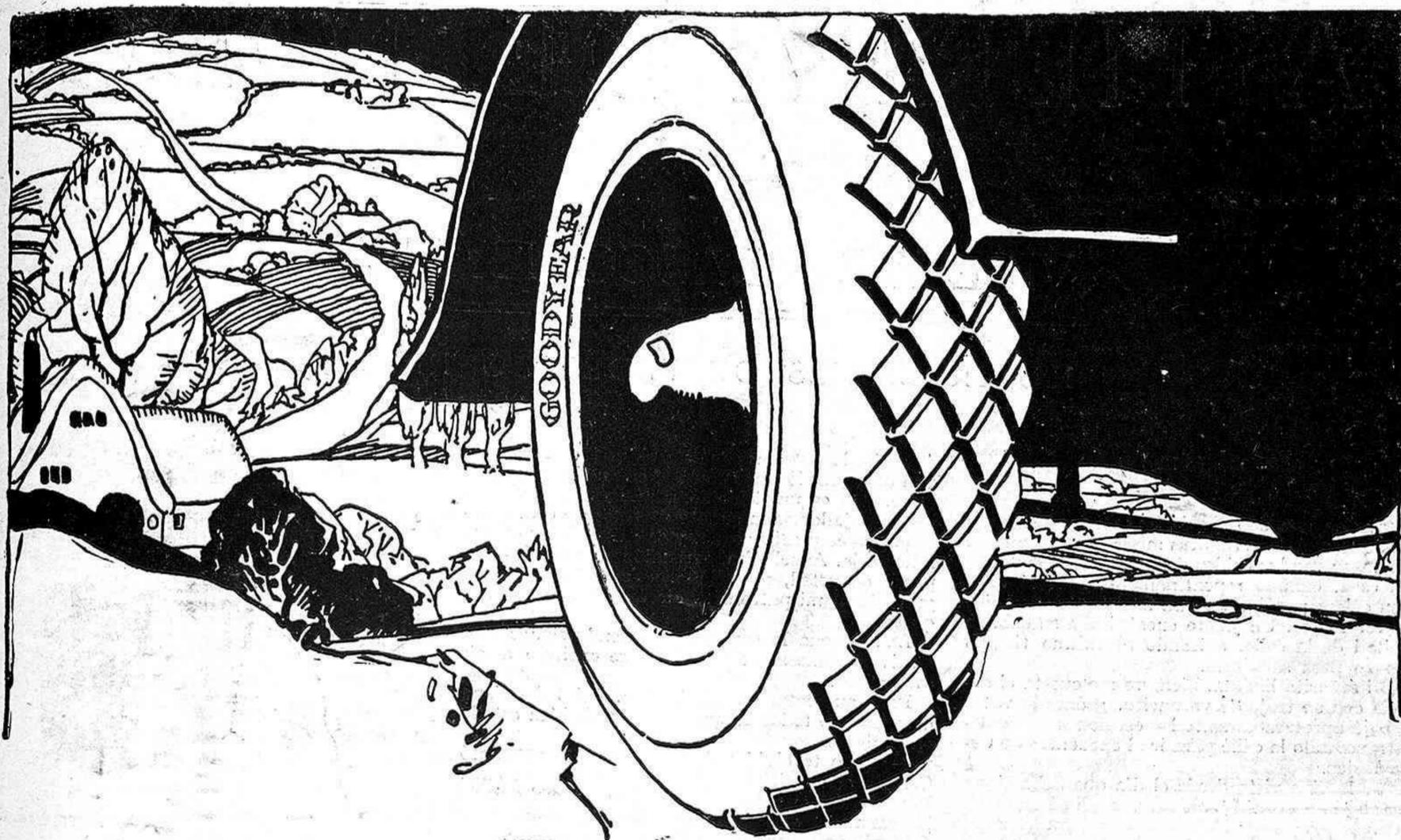
## Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	25 pesetas
» » .....	Seis meses.....	15 »
EXTRANJERO .....	Un año .....	50 »
» .....	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año .....	28 »
» » .....	Seis meses.....	16 »

## La Novela Semanal

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	12 pesetas
» » .....	Seis meses.....	7 »
EXTRANJERO .....	Un año .....	18 »
» .....	Seis meses.....	10 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año .....	14 »
» » .....	Seis meses.....	8 »

Los señores subscriptores de provincias pueden hacer los pagos por medio  
de Giro Postal, Libranza de Giro mutuo, Sobre monedero ó sellos de Correos



## El precio no es mayor que el de neumáticos de menos mérito

En el nuevo tipo de neumáticos Goodyear con pestaña se encuentran todas las mejoras, todo el trabajo experto, todas las mejores cualidades y la determinación invencible de producir mejores neumáticos. Todo esto ha contribuido á que la Goodyear sea hoy en día la fábrica de neumáticos más importante del mundo.

Los neumáticos Goodyear dan absoluta seguridad; son de buena apariencia y duran mucho; permiten más velocidad con un máximo de seguridad.

Reducen los gastos de gasolina; son muy elásticos y durables, debido al mé-

todo especial empleado por la Goodyear cuando preparan las cuerdas, un método que reduce á un estricto mínimo las fricciones internas.

Tienen una superficie de rodamiento excepcionalmente flexible con el famoso diseño «All-Weather»; son neumáticos de cuerda en toda la acepción de la palabra, aun cuando no cuestan más que muchos neumáticos de calidad y construcción inferior, que no tienen de neumáticos de cuerda más que el nombre.

Los neumáticos Goodyear de cuerda están hechos en dimensiones europeas y americanas, con y sin pestaña.

# NEUMATICOS DE CUERDA

# GOOD YEAR

# EL NEUMATICO GARANTÍA

# LA TIERRA DE TODOS

NOVELA INÉDITA  
DE  
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

VIII

Estaba en una de las galerías exteriores riñendo en voz queda á las criaditas mestizas para que no despertasen con los ruidos de la limpieza á la dueña de la casa, cuando repentinamente pareció olvidar su cólera poniéndose una mano sobre los ojos para ver mejor. Un jinete encabritaba su caballo en mitad de la calle, agitando al mismo tiempo un brazo para saludarla.

—¡Mi señorita linda!... Siempre me cuesta el conocerla con su traje de varoncito. ¿Cómo le va?...

Y bajó apresuradamente los escalones de madera, atravesando la calle para ir al encuentro de Celinda Rojas.

No se habían visto desde el día que Sebastiana abandonó la estancia; y ahora, por odio á don Carlos, creyó conveniente la mestiza enumerar las magnificencias de su nueva situación.

—Una gran casa, señorita, sea dicho sin ofender á la suya. La plata corre como agua de acequia.



Además, la patrona es una «gringa bien», que, según dicen, nació marquesa allá en su tierra. El italiano, que es un demonio para roerles la plata á los trabajadores, en cuanto se trata de esta señora parece medio zongo, y se cuida de que no la falte nada. Anoche hubo reunión con música. Yo pensé en usted, niña linda, y me dije: «Cómo le gustaría á mi patroncita oír cantar á esta marquesa!»

La amazona la escuchaba haciendo signos afirmativos, como si su curiosidad se excitase al oír este relato.

Para aumentar su admiración, fué Sebastiana enumerando todas las personas que habían estado en la fiesta.

—¿Y no te olvidas de alguno más?—preguntó Celinda al terminar ella su relato—¿No estuvo don Ricardo, ese que trabaja con don Manuel, el de los canales?

Movió su cabeza la mestiza negativamente.

—No. En toda la noche vi á ese gringo.

Luego empezó á reír, dándose dos sonoras palmadas en uno de sus muslos, de relieve elefantíaco, lo que marcó su enorme redondez bajo la ligera faldamenta.

—Ya lo sé, mi niña; ya lo sé... Me han hablado de que usted y el gringo van siempre juntos á caballo por esos pagos, y no pasa día sin que se encuentren... Si alguna vez se dan un beso, busquen un lugar donde nadie los vea. Mire que la gente de aquí es muy habladora y no quiere otra cosa. Además, los que mandan en eso de las obras en el río tienen unos anteojos muy largos que lo descubren todo de lejos...

Celinda se ruborizó, al mismo tiempo que intentaba protestar.

—¿Si me parece muy bien!—siguió diciendo la mestiza—Ese don Ricardo es un gringo buen mozo y excelente persona. Un gran marido para usted, si es que don Carlos, con el genio que Dios le ha dado, no se opondrá. Los gringos de América, cuando no beben, son buenazos. Yo tengo una amiga que se casó con uno que es maquinista, y lo lleva de la nariz á donde quiera. Conozco otra que...

Pero la amazona no sentía interés por tales historias, y la interrumpió:

—Entonces, ¿don Ricardo no vino anoche?

—Ni anoche ni las otras noches. Todavía no ha aparecido por aquí.

La miró Sebastiana con malicia, al mismo tiempo que una sonrisa bondadosa dilataba su rostro, carrilludo y cobrizo.

—¿Ya tiene celos, niña?... No se ponga colorada por eso. A todas nos pasa lo mismo cuando queremos á un hombre. Lo primero que pensamos es que alguna nos lo va á quitar... Pero aquí no hay motivo. Usted es una perla, patroncita. Esa señora también es hermosa, principalmente cuando acaba de peinarse y se ha puesto en la cara tantas cosas que huelen bien, traídas de Buenos Aires. Pero comparada con usted..., ¡qué esperanza!... A mi niña casi la he visto yo nacer, y la marquesa no debe acordarse ya de cuando vino al mundo.

Luego, pensando en sí misma, creyó necesario añadir:

—A decir verdad, la marquesa no debe tener muchos años... Pero, ¿quién no resulta vieja al lado de usted, preciosura?... No todas podemos ser un botón de rosa.

Calló un momento para mirar á un lado y á otro; y después, bajando la voz y empuñándose sobre las puntas de los pies para estar más cerca del rostro de Celinda, dijo con la alegría de una comadre que puede chismorrear libremente:

—Sepa, lindura, que muchos van detrás de ella; pero ninguno es don Ricardo. Al pobre gringo le basta con quererla á usted, ramito de jazmín. Les



EL CANTINERO

otros andan como avestruces detrás de la marquesa: el capitán, el italiano, el empleado del Gobierno que lleva los papeles; ¡todos locos y mirándose como perros!... Y el marido no ve nada; y ella se ríe de ellos y se divierte en hacerlos sufrir... Yo creo que ningún hombre de los que vienen á la casa le gusta.

Celinda no parecía tranquilizarse con tales palabras. Antes bien, protestó de ellas mentalmente, pensando: «Watson no puede ser comparado con los otros.»

Necesitó exteriorizar su pensamiento, y dijo á Sebastiana:

—Será verdad que no le gustan los demás; pero don Ricardo es más joven que todos ellos; y estas mujeres que han corrido el mundo y empiezan á ponerse viejas ¡resultan á veces tan... caprichosas!

IX

El famoso Manos Duras vivía al borde de la altiplanicie, del lado de la Pampa, viendo en frente el límite de la Patagonia, y á sus pies la amplia y tortuosa cortadura del río y un extremo de la estancia de Rojas.

Su vivienda, hecha de adobes, tenía alrededor otras construcciones aún más miserables y unos corrales de viejos maderos hincados en el suelo, que sólo de tarde en tarde guardaban algún animal.

Todos en el país conocían la situación del llamado «rancho de Manos Duras»; pero pocos iban á él, por ser lugar de mala fama. Algunas veces los que pasaban con cierta inquietud por sus inmediaciones conseguían tranquilizarse al notar su soledad. No ladraban ni salían al camino los perros de hirsuto pelaje, ojos sangrientos y agudos colmillos acompañantes del gaucho. Tampoco se veían sus caballos pastando la hierba rala de los alrededores.

Manos Duras se había ido. Tal vez merodeaba por las orillas del río Colorado, donde era más abundante la ganadería que en el río Negro; tal vez vagaba por las estribaciones de los Andes, yendo á visitar á sus amigos del valle del Bolsón

—poblado en gran parte por aventureros chilenos—, ó á los que habitaban las riberas de los lagos andinos. Estas excursiones á la Cordillera eran, según afirmaban muchos, para vender en Chile animales robados en la Argentina.

En otras ocasiones, el rancho de Manos Duras aparecía extraordinariamente poblado. Gauchos errantes se instalaban en las chozas de adobes durante unas semanas, sin que nadie supiese con certeza cuál era su procedencia ni á dónde irían al marcharse de allí.

El comisario de la Presa empezaba á sentirse inquieto por estas visitas, y á vivir mal, temiendo todas las mañanas la denuncia de algún robo... Pero transcurrían los días sin que se alterase la paz del campamento y sus alrededores. En el rancho de Manos Duras se mataban y desollaban reses, vendiendo carne el gaucho á toda la comarca. Y como no llegaba ninguna queja, don Roque se abstenía de averiguar la lejana procedencia de aquellos animales.

Luego huían de pronto los compañeros de Manos Duras, y éste continuaba su vida solitaria, ó desaparecía igualmente de su rancho por una temporada, con gran satisfacción del comisario.

Ahora vivía con tres compañeros malcarados y parcos en palabras, que, según se murmuraba en el boliche del Gallego, procedían de un valle de la Cordillera.

—Tres hombres de bien que se han desgraciado— dijo el gaucho hablando de ellos—; tres compadres que han venido á vivir á mi rancho hasta que las gentes malas se cansen de calumniarlos.

Un día de gran calor, Manos Duras montó á caballo para ir á la Presa á hacer unas compras. Era en las primeras horas de la tarde.

Los habitantes europeos de la Presa al mirar el almanaque pensaban en la nieve y los fríos huracanes de sus países, que estaban todavía en pleno invierno. Aquí reinaba el verano, un verano patagónico, violento y ardoroso, sobre una tierra que rara vez conoce las lluvias, y en la cual todas las estaciones son extremadas, descendiendo el termómetro durante el invierno muchas unidades por debajo del cero.

La tierra yerma parecía temblar bajo el sol. Era una reverberación que ondulaba las líneas rectas, cambiando los contornos de colinas, edificios y personas. Estos caprichos de la luz hacían ver también los objetos dobles é invertidos, como si estuviesen al margen del agua, inventando lagos inmensos en un país extremadamente seco. Eran los espejismos del desierto, que por sus formas variables é inesperadas llamaban la atención hasta de los hijos del país, acostumbrados á toda clase de ilusiones ópticas.

En el último término de la gigantesca cortadura abierta por el río, casi al ras de la línea del horizonte, se deslizaba un largo gusano negro con una pequeña vedija de algodón en la cabeza.

Manos Duras se detuvo para ver mejor. Aquel día no era de correo de Buenos Aires.

—Debe ser un tren de carga que viene de Bahía Blanca—se dijo.

Resultaba visible estando aún á muchos kilómetros de la Presa, y pasaría otros tantos kilómetros más allá, para no detenerse hasta Fuerte Sarmiento. En esta tierra los ojos parecían adquirir un poder visual más grande; la retina abarcaba mayores extensiones; las distancias parecían valer menos que en otros países.

El gaucho, después de contemplar unos momentos el remoto avance del tren, continuó su galope. Para ganar terreno solía meterse por la estancia de Rojas, atravesando una parte avanzada de dicha propiedad que se interponía entre el rancho y el lejano pueblo. Con la indiferencia de la costumbre dejó que su caballo galopase por un sendero, marcado apenas entre los ásperos matorrales.

Al poco rato tuvo un mal encuentro. Don Carlos Rojas iba también á aquella hora visitando su estancia y haciendo cálculos sobre el porvenir.

Las tierras altas continuarían siempre en su pobreza actual, no pudiendo dar alimento más que á un número reducido de animales. Sus novillos eran «criollos», como él decía con cierto tono de desprecio; bestias de mucho hueso, pezuña dura, grandes cuernos y enjutas de carnes; aptas para nutrirse con un pasto silvestre y poco abundante; herederos degenerados del ganado que aclimataron siglos antes los colonizadores españoles, trayéndolo en sus pequeños buques á través del Atlántico.

Recordaba con remordimiento los animales de lujo de la estancia de su padre, novillos enormes, con el lomo plano como una mesa, casi sin cuernos, de reducido esqueleto y exuberantes carnes, verdaderas montañas de biftecs, como él decía... Luego pensaba en los milagros de la irrigación, cuando las tierras bajas de su estancia quedasen fecundadas por las aguas del río. Crecería en ellas la alfalfa con una prodigalidad semejante á la de la tierra de Canaán, y le sería posible repetir el borde del río Negro las milagrosas crianzas de los estan-

cieros vecinos á Buenos Aires, substituyendo el áspero y flaco ganado criollo con animales valiosos, producto del cruzamiento de las mejores razas de la tierra.

Iba don Carlos imaginándose esta maravillosa transformación, con el deleite de un artista que pule mentalmente su obra futura, cuando vió venir un jinete hacia él.

Se puso una mano sobre los ojos para examinarlo mejor, y no pudo contener la indignación que le produjo este encuentro.

—¡Hijo de la gran... tall!... ¡Es el ladrón de Manos Duras!

Al pasar el gaucho junto á él, se llevó una mano al sombrero para saludarle, espoleando luego su caballo.

Don Carlos, después de una breve indecisión, salió también al galope, hasta que puso su caballo delante del de Manos Duras, cortándole el paso y obligándolo á detenerse.

—¿Con licencia de quién atravesás vos mi campo?—preguntó, con una voz temblona y aflautada por la cólera.

Manos Duras no intentó contestar mirándole con una insolencia silenciosa y amenazadora como hacía con los demás. Sus ojos atrevidos evitaron cruzarse con los del estanciero, y respondió en voz baja, como excusándose. No ignoraba que carecía de derecho para pasar por allí sin permiso del dueño del campo; pero de este modo acortaba camino, evitándose un largo rodeo para llegar á la Presa. Luego añadió, como si emplease un argumento decisivo:

—Usted, don Carlos, deja pasar á todos.

—A todos menos á ti—contestó Rojas, agresivamente—. Si te encuentro otra vez en mi estancia, te saludaré á balazos.

Esta amenaza acabó con el hipócrita respeto del gaucho. Miró á Rojas despectivamente y dijo con lentitud:

—Es usted un viejo y por eso me habla así.

Don Carlos sacó de su cintura un revólver, apuntándolo contra el pecho de Manos Duras.

—Y tú un ladrón de novillos, al que todos tienen miedo, no sé por qué. Pero si vuelves á robarme uno de mis animales, este viejo se encargará de hacerte justicia.

Como el estanciero le seguía apuntando con el revólver, y la expresión de su rostro no permitía duda sobre la posibilidad del cumplimiento de sus amenazas, el gaucho no osó echar mano á sus armas. Estaba seguro de recibir un balazo apenas intentase un movimiento agresivo. Después de mirarle con ojos rencorosos, se limitó á decir:

—Volveremos á encontrarnos, patrón, y hablaremos más despacito.

Y tras esta amenaza dió con las espuelas á su caballo y salió al galope, sin volver la cabeza, mientras don Carlos permanecía con el revólver en su diestra.

Cerca del río tuvo el gaucho un encuentro más agradable. Vió venir hacia él un grupo de tres jinetes y se detuvo para reconocerlos. Era la marquesa de Torrebianca, vestida de amazona, y escoltada por Canterac y Moreno.

Había tenido ella que aceptar una nueva invitación para ver los adelantos realizados en las obras del dique. Le era imposible negarse á este paseo. Necesitaba para su tranquilidad restablecer el equilibrio entre Pirovani y el ingeniero francés. Este, ya que no podía regalar una casa, deseaba hacer ver á Elena una vez más la superioridad que tenía como ingeniero director de las obras sobre aquel italiano, sometido muchas veces á sus decisiones.

El oficinista, contento de la invitación y molesto al mismo tiempo por el carácter de hombre tranquilo que le atribuían, marchaba á caballo detrás de Elena, sin que ésta hiciese caso de su persona. Únicamente parecía acordarse de la presencia de él cuando Canterac se mostraba demasiado vehemente en sus ademanes, tendiendo una mano de caballo á caballo para estrechar la suya ó permitirse otras osadías disimuladas.

—Moreno—ordenaba la marquesa—: avance su caballo y póngase á mi izquierda para que el capitán quede lejos. No me gustan los militares; son muy atrevidos.

Los tres cesaron de hablar para fijarse en Manos Duras, que permanecía inmóvil á un lado del camino. Moreno dió el nombre del gaucho, y Elena mostró tal interés al saber quién era, que acabó por hablarle:

—¿Es usted el famoso Manos Duras, de quien tantas cosas he oído decir?...

El rústico jinete se mostraba turbado por las palabras y la sonrisa de Elena. Primeramente se quitó el sombrero con reverencia, «como si estuviese delante de una imagen milagrosa», pensó Moreno. Luego dijo, con cierta expresión teatral, que en él era espontánea:

—Yo soy ese desgraciado, señora, y este es el momento mejor de mi vida.

La miraba el gaucho con ojos ardientes de adoración y deseo, y ella sonrió, satisfecha del bárbaro homenaje.

Canterac, que encontraba ridícula esta conversación, hizo ademanes de impaciencia y murmuró protestas para reanudar la marcha; pero ella no quiso escucharle y continuó hablando al gaucho con sonriente interés:

—Dicen de usted cosas terribles. ¿Son verdaderamente ciertas?... ¿Cuántas muertes lleva usted hechas?

—¡Calumnias, señora!—contestó Manos Duras, mirándola fijamente—Pero si usted me lo pide, haré cuantas muertes quiera.

Elena se mostró complacida por esta respuesta, y dijo, mirando á Canterac:

—¿Qué hombre tan galante... á su modo! No me negará usted que es grato oír tales ofrecimientos

Pero el ingeniero parecía cada vez más irritado por este diálogo familiar de Elena y el cuatrero. Varias veces intentó introducir su caballo entre los caballos de los dos, dando fin de tal modo al diálogo; pero Elena le detenía siempre con un gesto de contrariedad.

Al ver que ella continuaba su conversación con Manos Duras, se volvió hacia Moreno, necesitando manifestar á alguien su enfado.

—Ese gaucho es un atrevido y habrá que darle una lección.

El oficinista aceptó sin reserva lo referente al atrevimiento; pero levantó los hombros al oír hablar de lección. ¿Qué podían hacer ellos contra este vagabundo temible, si hasta el comisario de Policía mostraba por él cierto respeto?...

—Debe usted conseguir—continuó el ingeniero—que no le compren más carne en el campamento, ni acepten nada de lo que ofrezca.

Moreno contestó con signos afirmativos. Si no era más que eso lo que deseaba, fácilmente podía hacerse.

Al fin Elena reanudó su marcha después de saludar al gaucho con cierta coquetería, satisfecha de su emoción y del deseo hambriento que reflejaban sus ojos.

—¡Pobre hombre!... ¡Qué interesante!

Mientras los tres jinetes se alejaban, Manos Duras siguió inmóvil junto al camino. Deseaba ver algunos momentos más á aquella mujer. Tenía en su rostro una expresión grave y pensativa, como si presintiese que este encuentro iba á influir en su existencia. Pero al desaparecer Elena con sus acompañantes detrás de un montículo arenoso, el gaucho, no sintiendo ya el deslumbramiento de su presencia, sonrió con cinismo. Varias imágenes salaces desfilaron por su pensamiento, desvaneciendo sus dudas y devolviéndole su antigua audacia.

—¿Por qué no?—se dijo—Lo mismo es ésta que las que bailan en el boliche del Gallego. ¡Todas mujeres!

Continuaron su paseo por la orilla del río la marquesa y sus dos acompañantes. De pronto ella se levantó un poco sobre la silla del caballo, para ver más lejos.

En una pradera, orlada de pequeños sauces por la parte del río, había dos caballos, sueltos y ensillados. Un hombre y un muchacho habían descendido de ellos y parecían divertirse tirando por el aire un lazo. Era un lazo de cuerda, ligero y fácil de manejar, aunque de menos resistencia que los verdaderos lazos de cuero usados por los jinetes del país.

Reconoció Elena al muchacho, con su instinto de mujer más que con sus ojos. Era Flor de Río Negro, que enseñaba á tirar el lazo á Watson, riendo de la torpeza del gringo. Como Torrebianca iba todos los días puntualmente á dirigir los trabajos de los canales, Ricardo gozaba de más libertad, empleándola en seguir á la niña de Rojas en sus correrías.

Haciendo un signo á sus acompañantes para que no la siguiesen, se fué aproximando Elena á la pradera donde estaban los dos jóvenes.

Celinda la vió llegar antes que el ingeniero, y haciendo un gesto hostil le volvió la espalda. Al mismo tiempo ordenó á Watson que le ajustase al pie una de sus espuelas, que pretendía llevar suelta.

El joven, después de haberse arrodillado, quiso levantarse, convencido de lo inútil de esta orden. Celinda tenía bien sujeta su espuela. Pero ella insistió para mantenerlo de rodillas.

—¿No le digo, gringuito, que voy á perderla?... Fíjese bien.

Y sólo accedió á reconocer su error y á permitir que se levantase cuando la otra hizo dar vuelta á su caballo. Elena se alejaba ofendida, dándose cuenta de su estratagema y de sus gestos hostiles.

Poco antes de la puesta del sol llegaron los tres jinetes á la calle central del pueblo. Frente á la casa de Pirovani, considerada ya por la marquesa como si fuera suya, bajó ésta del caballo, apoyándose en Moreno, que se había anticipado al otro para gozar de agradables contactos.

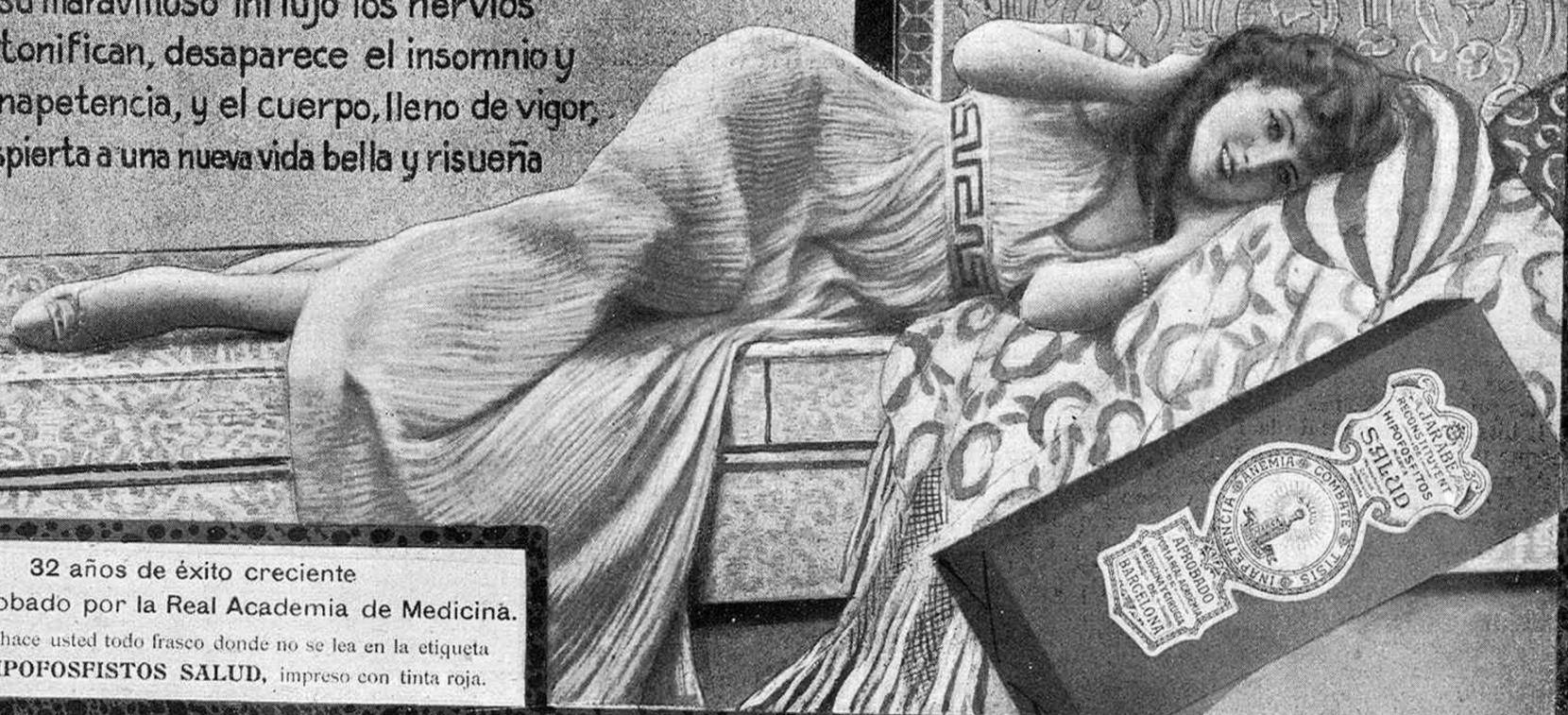
Saludó el francés con una brusquedad militar,

(Continúa en la página C)

Cuando pierda usted el apetito, sienta el espíritu abatido con desvanecimientos frecuentes, le sea imposible conciliar el sueño y note que le faltan las energías, tome usted el Tónico Reconstituyente

## Jarabe de HIPOFOSFITOS SALUD

A su maravilloso influjo los nervios se tonifican, desaparece el insomnio y la inapetencia, y el cuerpo, lleno de vigor, despierta a una nueva vida bella y risueña



32 años de éxito creciente  
Único aprobado por la Real Academia de Medicina.

Aviso: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso con tinta roja.

# LEED Hombre de amor Y Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno, que contienen la emocionante vida dolorosa de un galán afortunado, escrita por el amenísimo novelista

## El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

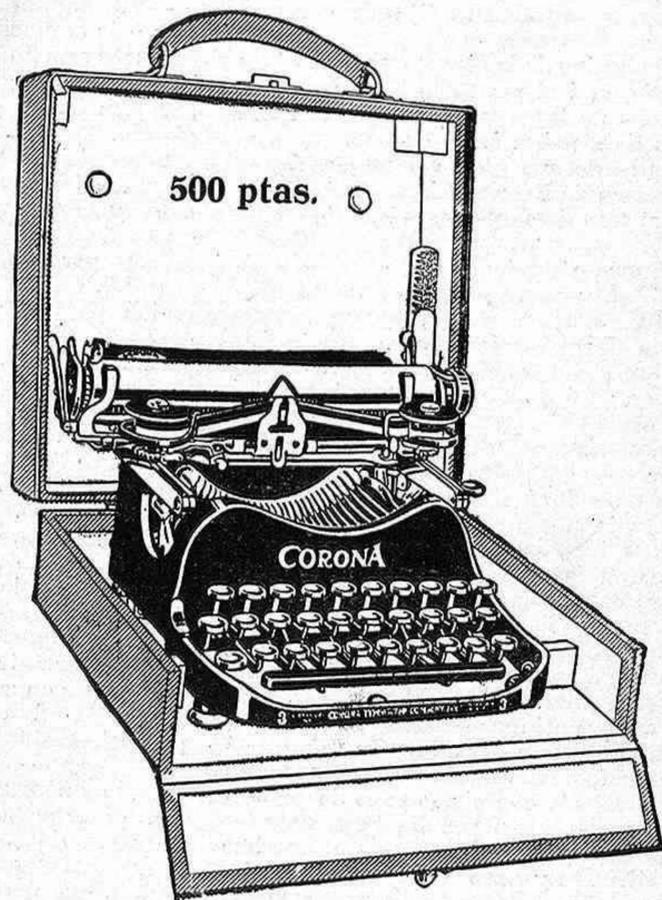
# COMPAÑY

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57



# CORONA

MUY FUERTE

Fabricada por Corona Typewriter Co. of Groton

La máquina de escribir más fuerte, más práctica y más portátil para oficina y para viaje

Garantía completa **500 PTAS.** Facilidades de pago

Agentes exclusivos *Gastonorge, C. A., Sevilla, 16, MADRID*

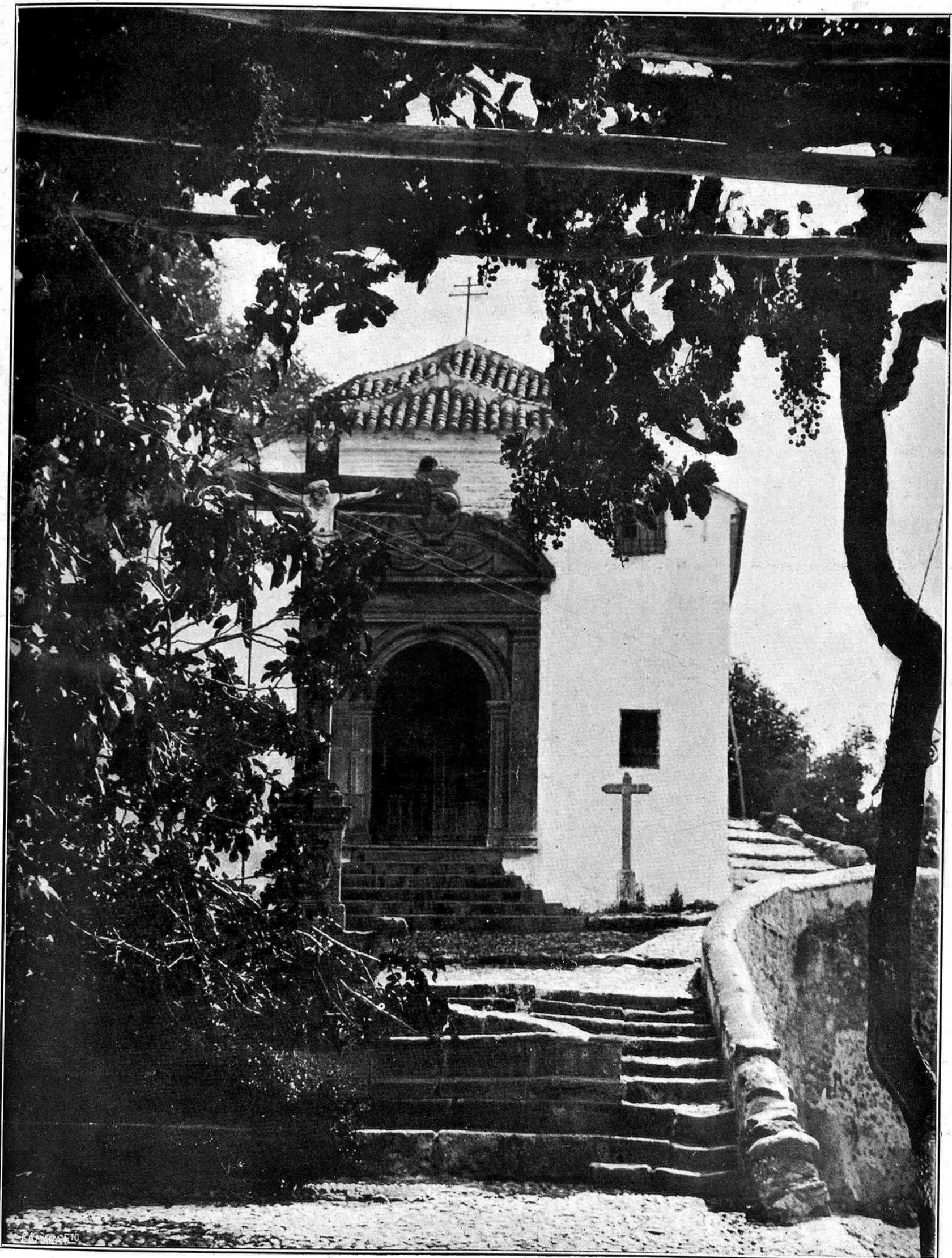
# La Esfera

Año IX.-Núm. 445

Madrid, 15-Julio 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



En Granada, en la ciudad maravillosa que es una de las más ricas joyas del arte de España, se alzan — en vivo contraste con el prodigio suntuoso del arte árabe, que tiene en Granada sus más bellos esplendores — construcciones y lugares llenos de humildad, de sencillez, de fervor recogido y callado... Como ejemplo, reproducimos esta ermita del Santo Sepulcro, bellissimo lugar que tiene en su sencilla traza y en su ambiente de quietud una honda poesía y una penetrante sugestión...

FOT. HIELSCHER



«El mar dormido», cuadro de Cecilio Pla, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

## LÍRICAS

### *Renúévate*

*Sé fugaz; inconstante,  
no mantengas, tenaz, ni un solo instante  
una idea; al olvido  
dala y verás, al punto, revivido  
en tu frente otro sol.*

*El pensamiento  
nunca debe ser lento;  
muda tu flor; sé igual que los rosales,  
que á cada primavera  
tienen brotes distintos.*

*Tu quimera  
—¿eres poeta, di?—renueva, loco,  
que si vas lentamente, poco á poco,  
te has de ver hecho un árbol carcomido.  
Los muertos, fíjate, sirven de nido  
tan sólo á los gusanos; no las rosas.  
Renúévate si quieres, como en ellas,  
que en ti liben las blancas mariposas.*

### *Sopor*

*Se me cierran los párpados.  
Quema el sol, y la selva  
se adormece en la calma  
sin rumor de la siesta.  
Llora el río.*

*Las cañas*

*de las verdes riberas  
sobre el fondo del río  
sin temblar se reflejan.*

*Mis oídos perciben  
los sonidos que pueblan  
el silencio del campo  
bajo el sol de la siesta  
—una araña que teje;  
una onda que juega;  
un lagarto en las zarzas,  
y un insecto que vuela—.*

*Mi cabeza se apoya,  
cara al sol, en la hierba,  
y, á través de las hojas,  
mis pupilas contemplan  
el azul y una nube  
que en el cielo navega,  
sin dejar; fúgitiva,  
de su paso una estela.*

*Se me cierran los párpados.*

*Poco á poco, la selva  
va durmiéndose en calma  
bajo el sol de la siesta,  
mientras, leve, se escucha,  
lento, el río que suena  
con murmullos que tienen  
el plañir de una queja.*

*Pasa el río.*

*Yo sueño  
que sus ondas me llevan  
hacia el mar de la Muerte  
de aguas puras, serenas,  
que presente en la vida  
mi ilusión de poeta.*

### *Mi hermana*

*Vieja encina sin ramaje, seco tronco carcomido  
sin la pompa de otros árboles en la clara primavera;  
ruín gigante derrotado, sin airo en su cimera,  
y en mitad de un ancho yermo por milagro sostenido.*

*La carcoma de la lepra te ha secado las entrañas;  
los lagartos en ti habitan y en ti crecen los zarzales,  
y en tu hueco, cuando vuelven los ardores estivales,  
urden redes con sus hilos, escondidas, las arañas.*

*Cuando pasa por tu vera, fatigado, un peregrino,  
sigue lento hacia otros árboles, sin pararse, su camino,  
que se pierde, poco á poco, por la triste lejanía.*

*Y tú, viéndole alejarse, rememoras cuando eras  
un dosel de verdes ramas que en las rojas primaveras  
con los pájaros y el juego de los soles se encendía.*

FERNANDO LOPEZ MARTIN

DE LA VIDA QUE PASA

# EL IRIS IGUALITARIO

UNA interesantísima fotografía publicada en estas columnas me ha hecho reflexionar nuevamente acerca de la inanidad de los llamados ideales bolcheviques y de las aspiraciones absolutamente igualitarias. La fotografía á que aludo mostraba el que fué Teatro Imperial de Moscú en función de gala. Los palcos y las butacas aparecían ocupados por gentes desharrapadas con semblantes hambrientos. En el palco destinado antaño á los Zares estaban Trotski y sus compañeros de dictadura, con sus blusas y sus hirsutas barbas, y lo más digno de observación eran las caras de desencanto, de mal disimulada tristeza de los concurrentes á la fiesta, como si todos ellos, que, sin duda, ansiaron durante tanto tiempo ocupar el lugar que ocuparon los viejos aristócratas, quedarán de pronto desilusionados, como los niños de la dolora, que persiguen el arco iris, lo ven desvanecerse y exclaman con afligido acento: «¡Ya es ido!»

—¡Cómo!—se habrán dicho, sin duda, los obreros y los soldados que han asistido á la famosa representación de los bailes degenerados y semigrotescos—¿Eran estos los decantados placeres de los privilegiados de la fortuna? Ya habíamos visto alguna vez estos bailes desde la galería; pero no valía la pena de ensangrentar á Rusia para contemplarlos desde los palcos y las butacas. Un poco más de holgura en el asiento no compensa los horrores de la Revolución, ni las crueldades con las clases vencidas. ¿Qué había aquí que ya no hay y que obligaba á ciertos nobles á realizar hechos vergonzosos en la Administración con tal de adquirir un abono en el espectáculo? En verdad, ese espectáculo no estaba negado siempre á los pobres, y el cambio de localidad no le aumenta en un ápice su dudoso atractivo.

Por eso todas las caras reflejaban una desilusión absoluta, que las daba un tinte de franca estupidez. Entre los espectadores había muy pocas mujeres, y ello se comprende; las mujeres se han percatado de que el atractivo del espectáculo no estaba en el espectáculo mismo, sino precisamente en que no pudieran asistir á presenciarlo, en palcos y butacas, los sucios y desharrapados, los ineducados y los incultos. Era algo selecto, porque el público era allí selecto. La sensación de bienestar, de lujo, de que se disfrutaba de algo que no era patrimonio de todos, constituía su único aliciente. Quien daba por su palco en la taquilla un puñado de monedas de oro, no se sentía dichoso, porque la Lawdiska ó la Potokowa imitasen mejor ó peor en sus danzas las sensualidades de Scheherazada ó las arrogancias del príncipe Igor, sino por el convencimiento de que se estaba en un mundo escogido, de que se era rico, de que aquellos placeres no eran de todo el mundo, de que á la puerta esperaba con el carruaje y un servidor galoneado, que se inclinaria á su paso, y de que, por mérito ó suerte, ó favor, ó justicia, se estaba en un plano superior al de los mujiks y el de los vendedores de hortalizas.

Y ese placer no pueden sentirlo los nuevos espectadores igualitarios. Después de envidiar á los ricos, desde la galería, porque lucían sus joyas y sus vanidades en palco, ahora que han invadido los recintos alfombrados del Teatro Imperial, se encuentran con que lo han convertido todo en galería, en *gallinero*, en *cazuela*... Creyeron que el placer exquisito consistía en presenciar la función en palco, y se encuentran con que lo que daba importancia al palco eran los ocupantes, y que no es lo mismo poner en una jaula á un ave del Paraíso que á un mochuelo. El teatro dejó de ser teatro para trocarse en un corral, en un *cabaret*, en todo menos en un recinto de ostentación y de refinamiento. Las mujeres, en general, no fueron. ¿Para qué? Ellas hubieran ido; pero como iban las archiduquesas, cubiertas de encajes, de brillantes, perlas y esmeraldas, rodeadas de aristócratas y literatos, que regalaban sus oídos con frases pulcras y discretas; para sentir en torno el hedor del tugurio ó del taller; para ser una de tantas infortunadas despreciadas, famélicas y golpeadas por sus maridos; para ver cómo las contemplaban las bailarinas con desprecio, recordando sus antiguas admiradoras que las obsequiaban con regalos espléndidos; para todo

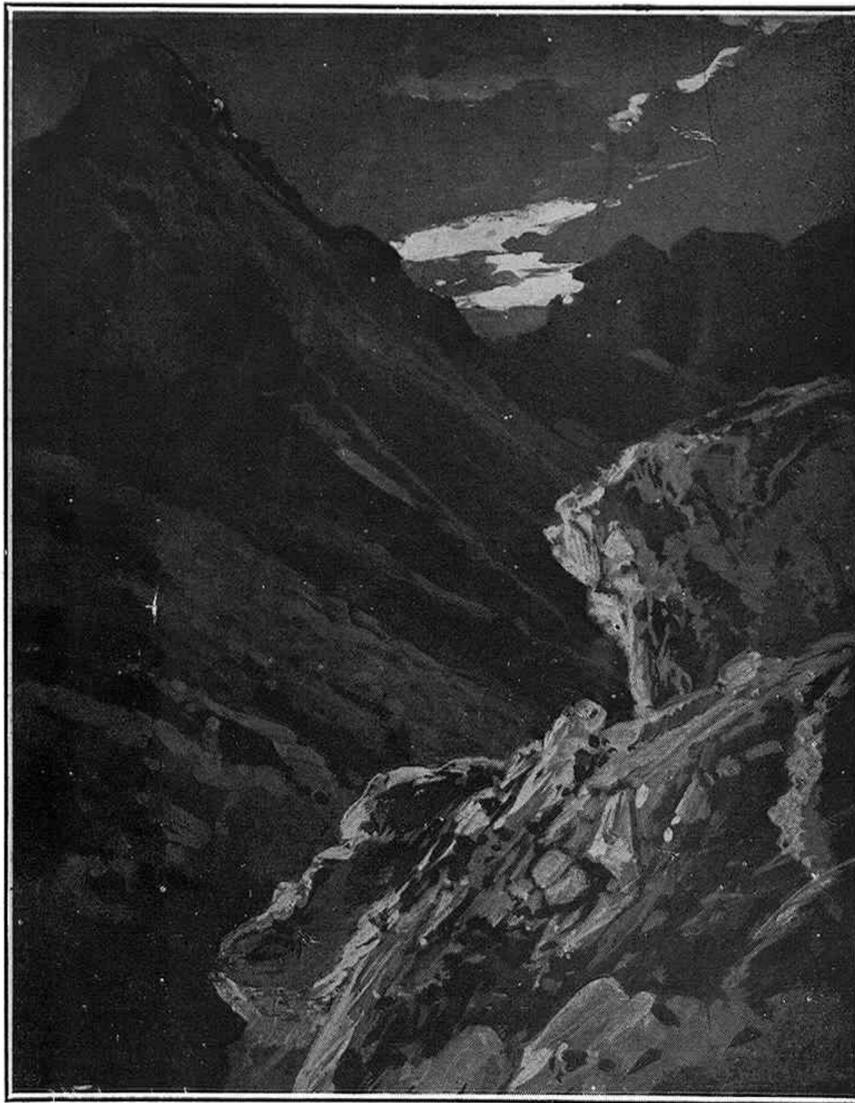
eso preferían quedarse cocinando las coles y el arroz podrido en el fondo de sus zaquizamies. Y, en verdad, todo el mundo se daba cuenta de que la Revolución era en este sentido un tremendo fracaso; porque lo que deseaban verdaderamente, sin saberlo, los menesterosos, no era ser iguales á los demás, sino ser millonarios, mientras otros eran menesterosos, y presenciar la función en palco, mientras los pobres lo presenciaban desde la entrada general. Para encontrarse con que todos habían descendido de condición, no valía la pena de renunciar á ir algún domingo, limpios y aseados, con una entrada de favor, á codearse con los señoritos y á hacerse una ilusión, aunque rara, agradable, de que ellos también tenían servidores y envidiosos, placer acaso censurable, pero insubstituíble en la actual organización igualitaria.

Algo de lo que pasa en Rusia sucede en todas partes á los nuevos ricos. Tienen automóvil, comen en los grandes hoteles y viajan en *sleeper*; pero echan de menos la distinción, que no

puede darles un encumbramiento demasiado rápido. Su sociedad no es la sociedad del segundo Imperio, ni menos la de la Corte de los Luises. Es otra cosa que huelo á figón y á tienda de comestibles y á guarida de tratante en ganado. Invertidos los valores será posible á los degolladores de intelectuales ocupar su lugar en los espectáculos, en los palacios y en los Ateneos; pero en ellos se sentirán plebe y acaso desde la esquina en que venden los despojados los diarios comunistas, cubiertos de harapos y esperando su mermada ración reglamentaria, los contemplan con una sonrisa despectiva é irónica, viendo cómo se les disipa el arco luminoso que creyeron tener entre las manos, y cómo se convencen de que hay que ser superior en algo á los demás para aspirar el perfume de las cosas selectas, que no lo son jamás por sí mismas, sino por el gusto y la superioridad del afortunado que las disfruta.

ANTONIO ZOZAYA

## LA CANCIÓN DE LA MONTAÑA



Quiero vivir la vida de montaña,  
tener mi hogar junto al azul del cielo,  
ser fuerte como roca de granito  
y libre como el viento;  
poder hundir mis ojos en los anchos  
horizontes de límites inciertos,  
que, como las humanas ambiciones,  
aumentan á medida que ascendemos.  
Quiero olvidar cuanto en el mundo supe,  
prender el lenguaje del silencio,  
y conversar á solas con los astros  
que pueblan la amplitud del firmamento.  
Bajo la roca más inaccesible  
cavaré la morada que á cubierto  
me ponga de las fieras tempestades;  
con toscas pieles vestiré mi cuerpo.  
las montañesas selvas milenarias  
me darán con sus frutos alimento  
y apagaré mi sed en los arroyos  
que forman los deshielos  
y, claros, se deslizan entre musgos  
y se despeñan luego

para formar el cauce de los ríos  
que cantan en su fértil derrotero  
el himno colosal de la montaña  
que los nutre en su seno.  
Sólo en las cumbres la verdad reposa,  
Ellas sólo conocen el secreto  
de ser humildes sin perder grandeza,  
como es humilde y grande el universo.  
Quiero vivir la vida de montaña,  
porque en la cumbre aprenderé á ser bueno,  
perdido en las agrestes soledades,  
cerca de Dios y de los hombres lejos,  
sin más juez que mi conciencia libre,  
ni más testigos que mis pensamientos.  
¡Oh, la ventura de sentir de cerca  
la voz apocalíptica del trueno,  
y en las entrañas de las negras nubes  
ver cómo brilla el resplandor siniestro  
del rayo que las rocas pulveriza  
y hace hasta al lobo estremecer de miedo!  
¡Y escuchar de la horripilante tormenta  
el bárbaro concierto,

y ver cómo después se aplaca y huyen  
las nubes arrastradas por los vientos  
y el sol vuelve á brillar sobre el zafiro  
radiante de los cielos!  
¡Oh, la ventura del placer oculto,  
de sentir cada día un goce nuevo  
—porque la nieve descendió más blanca,  
porque en mi choza floreció el romero—  
de saltar por las peñas y los riscos  
con la gentil agilidad del ciervo,  
y tener á las brisas por amantes  
y al pájaro llamarle compañero!  
Quiero vivir la vida de montaña,  
tener mi hogar junto al azul del Cielo,  
ser fuerte como roca de granito  
y libre como el viento.

Alberto A. CIENFUEGOS

Sierra de Guadarrama, 1922.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

## LA EDUCACIÓN DE UN PRÍNCIPE

# El Príncipe de Asturias en los Laboratorios científicos



El Príncipe de Asturias en los talleres del Sr. Torres Quevedo, aprendiendo el funcionamiento de un torno, bajo las instrucciones de un obrero

**D**URANTE el pasado curso escolar se ha visto algunas veces detenido varias horas un automóvil de la Real Casa ante la puerta del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que dirige una de nuestras más altas reputaciones universales: D. Ignacio Bolívar.

Los transeúntes que habían visto al Príncipe de Asturias apearse de aquel coche é internarse en el Museo, imaginábasele realizando una de tantas visitas que los muchachos aplicados suelen hacer á tales establecimientos culturales, y que tienen tanto de pasatiempo y recreación como de estudio agradable.

Sin embargo, aquellas visitas han tenido varios objetivos más importantes, miras más elevadas y plausibles. Su Alteza no las ha limitado á las salas públicas del Museo. Las ha ampliado á los laboratorios, y las ha ampliado no sólo por legítimo afán de aprender, sino buscando el conocimiento y la amistad de los sabios que con sus estudios é investigaciones son gloria de España, como ha ido á otros Centros científicos,

deseoso de relacionarse con los espíritus más selectos de nuestra patria. ¿Por iniciativa propia? ¿Por indicación de la soberana inteligencia del augusto autor de sus días? Ello es que el Príncipe, durante el presente curso, empezó frecuentando el Laboratorio de Taxidermia, donde los Sres. Benedito, ilustres hombres de ciencia y grandes artistas á la vez, hacen prodigios disecando animales. Interesábale grandemente al Príncipe conocer los diversos procedimientos para conservarlos.

Con ingenuidad y sencillez cautivadoras—porque el augusto niño es de una simpatía extraordinaria—decía un día:

—Quiero aprender esto, porque á lo mejor cazamos un ejemplar bonito ó curioso ó que me interesa conservar, y si estoy lejos de Madrid, sobre todo en verano, se echa á perder... Así, sabiendo prepararlo yo para la disecación, evitaré el peligro de que se estropee...

Y con mucha atención fué siguiendo las experiencias que los profesores iban realizando.

Más que á las investigaciones científicas, tiene el Príncipe grandísima afición al estudio de las aplicaciones de las ciencias. Es natural y lo más conforme con un espíritu llamado á regir una nación. Un rey aficionado exclusivamente á las investigaciones científicas no es presumible que fuese más sabio que rey. En cambio, la afición del Príncipe, sobre facilitarle su augusta misión, puede llevarle, y le llevará cuando suba al Trono, á proteger á los investigadores y á estimular para que se obtenga el máximo posible de aplicaciones prácticas de los progresos de la ciencia.

Esta afición le ha llevado luego al Laboratorio del ilustre doctor Madrid Moreno, para aprender la técnica micrográfica, el manejo del microscopio, á hacer las preparaciones microscópicas, para ejercitarse en el estudio micrográfico de tejidos, histología.

En el Laboratorio del sabio Dr. Fernández Navarro ha dedicado varios días al estudio de ensayos de minerales por las vías seca y húmeda;

á la obtención de perlas al bórax y de botones metálicos; y en estos ejercicios, como en los anteriores, ha demostrado, además de curiosidad y afición científicas muy hondas, una gran inteligencia y una comprensión rápida y viva y una cordialidad y una afabilidad que le han

captado el afecto de aquellos sabios, con quienes ha ligado una familiaridad avalorada por una cabal cortesía.

Ultimamente, como expresase el deseo de visitar otros laboratorios, se le llevó al de Espectroscopia, del eminente profesor D. Blas Cabrera, y allí D. Angel del Campo, que está realizando unos estudios especiales, le enseñó el manejo del espectroscopio. Su Alteza se interesó mucho por aquellos estudios, cuya explicación seguía atentísimo sin perder detalle; al contrario, pidiéndolos nuevos á cada instante. La conversación sugirió al Príncipe el deseo de visitar, finalmente, el Laboratorio de Automática que dirige D. Leonardo Torres Quevedo. Una vez allí estuvo enterándose del manejo de las diferentes máquinas y aparatos con que se confeccionan con toda precisión las piezas de mecánica más perfectas. Dirigiéndose unas veces al sabio inventor Torres Quevedo, otras al jefe de talleres, señor Abascal, otras á los obreros, á quienes trataba con un don de gentes y con una sencillez que infundían amor y respeto, conoció las modificaciones que se están practicando en el famoso invento de Torres Quevedo, *El ajedrecista*, en el cual, cuan-

do estén concluidas aquéllas, las piezas del juego se moverán automáticamente en la dirección que sea debida, y los tres avisos de las jugadas erróneas se harán por medio de luces de colores.

Igualmente interesó á Su Alteza la descripción de la máquina de calcular que, inventada por Torres Quevedo, se está construyendo, y vió montar algunas de las muchas y complicadas piezas que con tanta sencillez han de realizar luego automáticamente las operaciones aritméticas.

De todas estas visitas ha nacido en el Príncipe el propósito de repetir las con más frecuencia el curso próximo.

Buena falta le hace al Museo. Si el interés que este magnífico Centro de cultura nos hiciera perdonar la licencia de permitirnos aconsejar á tan alta persona, le diríamos:

—Señor: cuando vuelva á visitar el Museo invite Vuestra Alteza á que le acompañen á los ministros de Instrucción Pública y de Gobernación, de quienes, según creemos, depende el local en que está instalado el Museo, para que ambos consejeros de Su Majestad reconozcan la necesidad de que el Museo disfrute de mayor espacio...

Los amantes de la cultura recordarán agradecidos tal visita...

Es realmente lastimoso que haya grandes esqueletos y ejemplares soberbios de historia natural arrinconados en cajones por falta de espacio.



El Príncipe de Asturias en los talleres de mecánica del Sr. Torres Quevedo escuchando las explicaciones de este ilustre hombre de ciencia

(Fotografías obtenidas especialmente para LA ESFERA por Campúa)

## VIDA MISERABLE



INDISCUTIBLE que desde que él, Felipe Canseco, entró de aprendiz en la carpintería del señor Cánuto, la clase obrera había ido evolucionando de un modo notable hacia su mejoramiento social: se trabaja una tercera parte menos que antes y se gana dos veces más; es decir: á menor esfuerzo, mayor rendimiento, y el trabajo se ve protegido por leyes tan previsoras como las de arbitraje, accidentes, retiros y pensiones para los viejos y los inútiles. Y, no obstante, juraría que antaño los obreros estaban más contentos y menos preocupados que en estos tiempos del mitin y de la huelga á cada paso.

Añoraba la época de su juventud, en la que, hecho ya todo un oficialito de carpintero, se divertía y no le faltaba nunca una peseta ni buen humor. Bien es verdad que todas sus obligaciones se reducían á cumplir con su trabajo y á entregar los sábados el jornalillo á su vieja. Pero desde que empezó á firmar el padrón como cabeza de familia ó cabeza de turco, que para el caso es lo mismo, empezaron para él las cavilaciones y el andar siempre sin una perra chica y más melancólico que un sauce.

Y no es que tuviera queja de su matrimonio: su Eulogia era muy mujer de su casa, muy ahorrativa, casi casi tacaña, ¡qué demonio!, porque para que soltara un céntimo había que darle con la badila en los nudillos.

Por esta parte estaba satisfecho, y en lo referente á los hijos, el único pesar suyo era no tenerlos.

Pues bien. En estas circunstancias, ganando diez pesetas de jornal y sin malgastar nada en

vicios ni caprichos, vivía de una manera miserable y angustiosa, oyendo de continuo á su costilla lamentarse de que todo estaba muy caro y de que el jornal no alcanzaba ni para aderezar el puchero. ¡Y qué puchero tan ruin y «tristón»! Unos garbanzos como balines, unas piltrafas de carne y un dedo de tocino rancio; esto al mediodía, que el yantar de por la noche reduciase á una ensalada, ora de judías, ora de patatas, sin más postre ni más vino.

La casa no era un palacio: un sotabanco aguardillado en la calle del Tribulete, nevera en el invierno y chicharrero en el verano. De indumentaria, no se hable: un par de blusas para el trabajo y una chaqueta y unos pantalones, siempre remendados y corcusidos; un flexible que parecía de hule por lo reluciente y colador por los agujeros; y para defenderse de las caricias del Guadarrama, la capa, la mismísima capa que estrenó en su boda, hacía veintitantos inviernos. ¡Bonita estaba ya la pobre!... Pues la vestimenta de la señora, corría parejas con la del caballero.

Y por sabido se calla que el matrimonio no se permitía otras distracciones ni otros regodeos que los de ir los domingos á las afueras á pasear y tomar el aire, que es lo más barato que puede tomarse, y en las noches de verano el fresco á la puerta de la casa, con los compadres y comadres de la vecindad, darse una vuelta por las verbenas ó asistir á las sesiones de cine al aire libre que da, para solaz del pueblo, nuestro patriarcal Municipio.

A un hombre reducido á tal estrechez y miseria, que se viste de harapos y sólo come ba-

zofia, no ha de pedírsele conserve su ecuanimidad ni se muestre encantado de haber nacido.

Doliase Felipe, y con razón, de su perra suerte y dábbase de calabazadas, tratando de inquirir á qué milagro era debido que casi todos los de su clase, sus compañeros de taller, por ejemplo, casados y con hijos, y algunos con un jornal más reducido que el suyo, lucían ternos flamantes; tenían lustrosa la cara como personas bien comidas; alternaban con los amigos en la taberna, el tupi ó el café; jugaban sus partidas de mus; no se les caía el cigarro de la boca; iban al teatro, á los toros y de vez en cuando á las afueras, de merendona con la familia.

—Pues, señor, no lo entiendo—reflexionaba, dudando ante lo que se le ofrecía como un problema irresoluble—: todo el mundo vive á lo príncipe, y mi mujer y yo vivimos peor que los que van á buscar la galopa á la puerta de los cuarteles... O somos unos primos «alumbraos», ó los demás son unos tíos muy vivos.

Y Felipe concluía por atribuir maliciosamente á medios inconfesables—como se dice ahora de lo que se aparta de lo lícito y honesto—el vivir cómodo y hasta regalón de sus conciudadanos.

ooo

Señá Eulogia, en la mañana de aquel lunes, no se levantó de la yacija conyugal para prepararle á su hombre el desayuno—un poco de recuelo y unos cuantos mendrugos—; era la primera vez que en los cinco lustros de matrimonio ocurría tal cosa. Felipe, alarmado con semejante novedad, que nada bueno presagiaba, salió en busca del médico de la Casa de Socorro.

Después de contemplar breves momentos á la enferma, el doctor movió la cabeza descorazonado; y luego de extender una receta ó indicar cómo debía administrarse la medicina, salió de la alcoba seguido de Felipe, que le preguntó anhelosamente, en voz baja, á tiempo de abrir la puerta:

—¿Está muy mala, verdad, señor doctor?...

—No está nada bien; pero ya veremos—mintió piadosamente el médico—. Tiene un ataque gripal muy fuerte; pero lo peor de todo es que tropezamos con un organismo completamente agotado por una anemia terrible.

—Sí, sí, señor—asintió, suspirando y sin darse cuenta de lo que decía, el atribulado esposo, que pensaba para sí: «¿No hemos de estar agotados y muertos de anemia con lo poco y mal que comemos?»

Antes de terminar la semana, *señá Eulogia* emprendió el viaje del que jamás se vuelve.

La portera y unas cuantas vecinas que habían acudido desde el primer momento con el piadoso designio de velar á la difunta, quedáronse dolorosamente impresionadas ante el aspecto de tremenda sordidez que ofrecía aquel zaquizamí.

Señor Felipe, en un rincón, sentado en una silla coja, permanecía hosco, abismado en negros pensamientos.

Cuando una de las vecinas le preguntó si tenía dispuesto cómo debía amortajarse á la difunta, el hombre replicó, sorbiéndose las lágrimas:

—¡Hagan ustedes lo que les parezca! Lo único que me encargó la pobre, horas antes de morir, es que no dejara de enterrarla con ese refajo que siempre llevaba puesto—y señaló el que

había arrebuñado sobre una silla, al lado de la cabecera.

Las comadres cambiaron una significativa mirada; porque, ¡vaya si era capricho querer llevar á la sepultura un guñapo semejante, todo remiendos, que ni aun para fregar los suelos servía! Pero, por extravagante que pareciera, imponíase el cumplir la «última voluntad» de la pobre *señá Eulogia*.

La vecina que recogió el refajo notó, sorprendida, que sus dedos tocaban en él con un cuerpo duro.

Y como continuara palpando tal andrajo, la portera le preguntó, bajito y con sorna:

—¡Qué! ¿Le gusta á usted esa alhaja, *señá Patro*?

—¡Calla, hija! ¡Cosa más rara!... Si este remiendo parece de plomo. Dadme unas tijeras, para ver lo que hay aquí dentro.

—¡Lo menos un tesoro! ¡Cuidao que es *usted fantesiosa*!

Nerviosamente descosió el remiendo la *señá Patro*, mientras que las compañeras la rodeaban silenciosas y muertas de curiosidad.

Y todas lanzaron una exclamación de asombro y abrieron mucho los ojos al ver que la *señá Patro* extraía de la descosadura dos relucientes moneditas de oro.

—¡No! ¡Si ya me extrañaba á mí!...—murmuró equívocamente la del hallazgo; y dirigiéndose al viudo, que permanecía sentado en uno de los rincones, le dijo:

—¡Eh, señor *Celipe*! ¡Venga acá y mire lo que tenía *guardao* la difunta en su refajo!

Señor Felipe acercóse al grupo; al ver los dos centenes que le mostraba la vecina reflejó su cara un asombro inaudito.

—Pero, ¿de veras estaba eso en el refajo?—preguntó, como si no diera crédito á lo que veían sus ojos.

—¡Toma! ¡Y tan de veras!... ¡Y aún puede que haya algo más, señor *Celipe*!—dijo la *señá Patro*, que afanosamente palpaba ya los otros remiendos—Por lo menos, aquí no hay dinero, pero suena como si hubiese algún papel.

Y en un decir Jesús las tijeras descosieron otro de los parches, del que sacó, plegado en varios dobleces, un billete de cien pesetas.

—¡Pues sí que hay un tesoro, *señá Patro*!—exclamó, asombrada, la portera—¡Y yo que antes la llamé á *usted fantesiosa*!

—Por algo quería la pobre que la enterrasen con el refajito!—comentó irónicamente otra de las vecinas.

Cuando ya hubo descosido todos los remiendos y amontonado una porción de billetes sobre el lecho mortuario, la *señá Patro* dijo:

—Por la cuenta que he *echao*, la *señá Ulogia*, que en paz descansa, tenía *guardás* en esta hucha—y mostró el harapiento refajo—sus buenas diez mil pesetas.

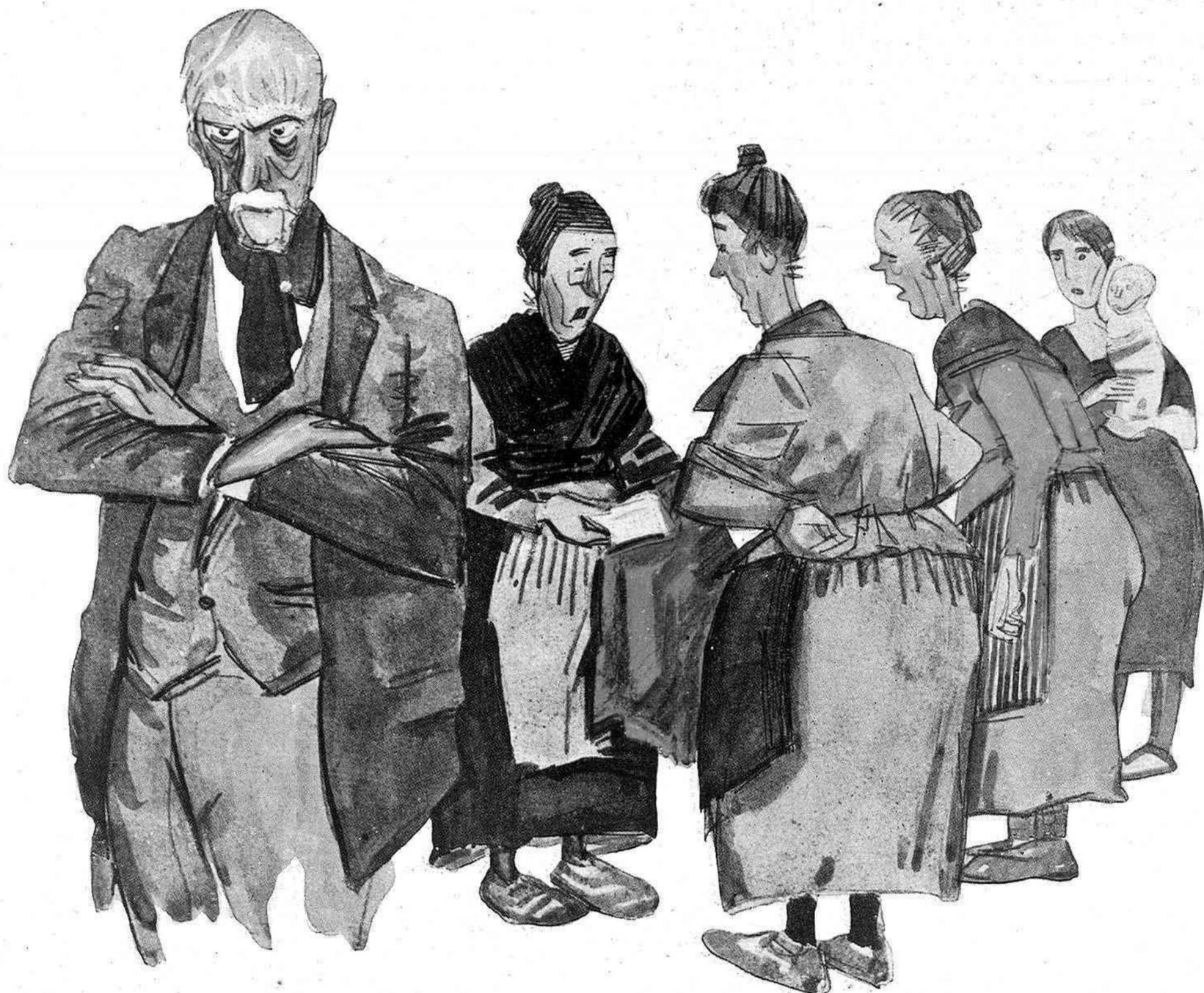
Y encarándose con el viudo, que parecía como alelado, prosiguió:

—Pero, ¿qué hace *usted* ahí, señor *Celipe*, hecho un pasmarote? ¡Recoja *usted* esos cuartos, hombre!...

Señor Felipe tendió la mano temblorosa hacia el montón de billetes, y al recogerlos clavó una mirada indescriptible de adolorida protesta, de infinita amargura, sobre el rígido rostro de la muerta.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE ROBLADANO

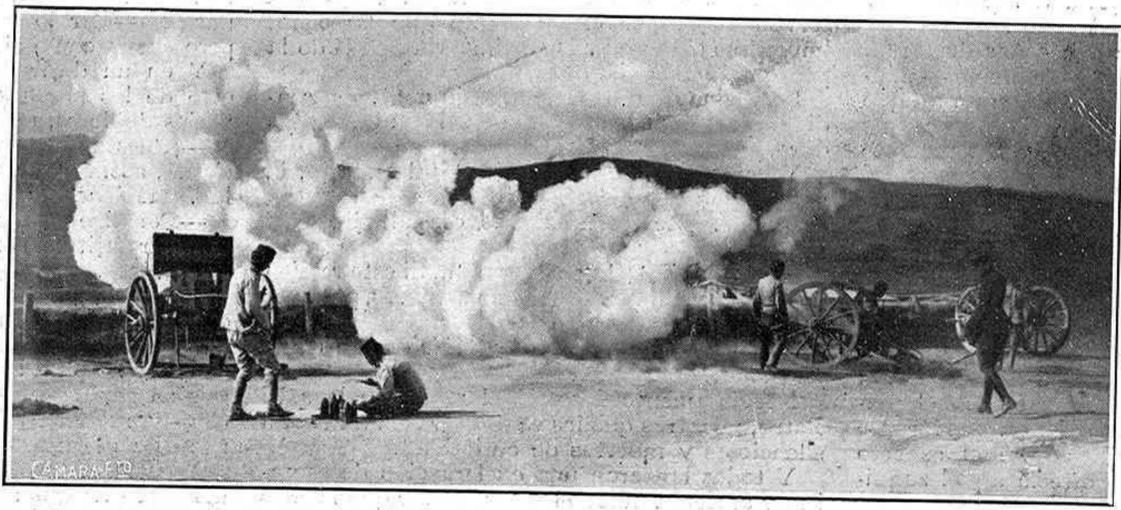


# LOS ARTILLEROS ESPAÑOLES

## FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO

**L**a primera impresión que yo recibí de la grandiosa tragedia de las armas, fué un Dos de Mayo, siendo yo niño. Celebrábase en Madrid, con mayor brillantez que ahora, la consagración conmemorativa del Dos de Mayo de 1808. Vagas nociones palpitan en mi mente infantil de aquellos sucesos. Oí sonar el cañón, y sus estampidos despertaron mi espíritu. Quise saber por modo exacto lo que había ocurrido en la capital de España en 1808. Leí cierto libro en que se consignaban los acontecimientos terribles, y esa fué mi primera impresión militar, en la que dos artilleros se destacaban prodigiosamente. Reconstituí el aspecto de las calles madrileñas, llenas de pueblo enfurecido; asistí imaginativamente á las recias contiendas de las muchedumbres contra los 30.000 franceses que mandaba el duque de Berg. Delante del Real Palacio y en la Puerta del Sol se iniciaron los primeros choques, que luego se reprodujeron en todas partes. El caudillo napoleónico impuso la terrible matanza, que ha sido inmortalizada por el pincel de Goya. Y en el Parque de Monteleón, los dos sublimes genios de la dignidad hispánica, Velarde y Daoíz, erigieron á costa de sus vidas el monumento imborrable de heroísmo y una gloria perpetua para la artillería.

Velarde y Daoíz venían, desde larga fecha, preparando la resistencia contra los invasores. Rasgos de estos dos artilleros: Velarde, nacido en el Norte. Daoíz, andaluz. Eran fraternales amigos desde los comienzos de sus carreras. La



muerte fundió sus dos almas en imperecedero relámpago de gloria. De entonces acá, y aun antes, las crónicas de la artillería relucen con la pureza de los altos móviles. Entonces, en esa edad infantil mía de que hablo, comprendí lo que puede dar de sí el espíritu de sacrificio, la idea de la dignidad profesada por un Cuerpo de soldados. El cañón, *Deus ex machina* de las luchas, significa esa religión de hidalgos y de caballeros. Sin esa arma potente no hay ejército vencedor. El rey de la vieja crónica que se halló desmontado en el momento crítico de la pelea, exclamaba: «Mi reino por un caballo.» Napoleón, en Austerlitz, observando cómo, dueño ya de la pelea, se le escapaban las falanges enemigas por un hueco de la línea de bocas de fuego, gritó: «Mi gloria por un cañón.» Así, cuantos amen á España y esperen días mejores que los actuales, reclamarán que se au-

mente el poder de nuestra artillería, porque, en verdad, sin ese poder no habrá nación respetada. Obsérvese cómo el prestigio y la eficacia de la artillería española, á través de las edades, consiste en ese sentimiento de dignidad quintaesencial que la anima y la purifica. Como hombres, como depositarios de la fuerza nacional y como componentes de tal organismo, los artilleros han sabido en todo caso, en las más difíciles circunstancias, salvar el honor y la prez de las armas. Es que ellos rinden

culto á la religión y tienen siempre el propósito del sacrificio. Es, sin duda, ello obra de la Divina Providencia, porque no puede el ser humano realizar prodigios, si Dios no pone en su alma el esfuerzo invencible. Nada tan fuerte como el cañón. Nada, al parecer, tan endeble como el pedacito de seda en que está representada la imagen de la Virgen, y, sin embargo, es el escapulario que lleva el artillero sobre su pecho lo que enardece, afirma y vivifica esa máquina terrible. Hay que recordar la obra del cardenal Cisneros, que, en echando las bases de la organización española, creó la artillería, fundando los Parques de Málaga, Medina del Campo y Alcalá de Henares, y las fundiciones y fábricas de pólvora de Burgos y de Fuenterrabía. En esos Parques y en esas fundiciones fueron construidos aquellos cañones que, por ser obra de un franciscano, se adornaban con un cordón, ciñéndose así como ciñen su cintura los hijos del Angel de Asís. Y el cardenal gobernador esco-

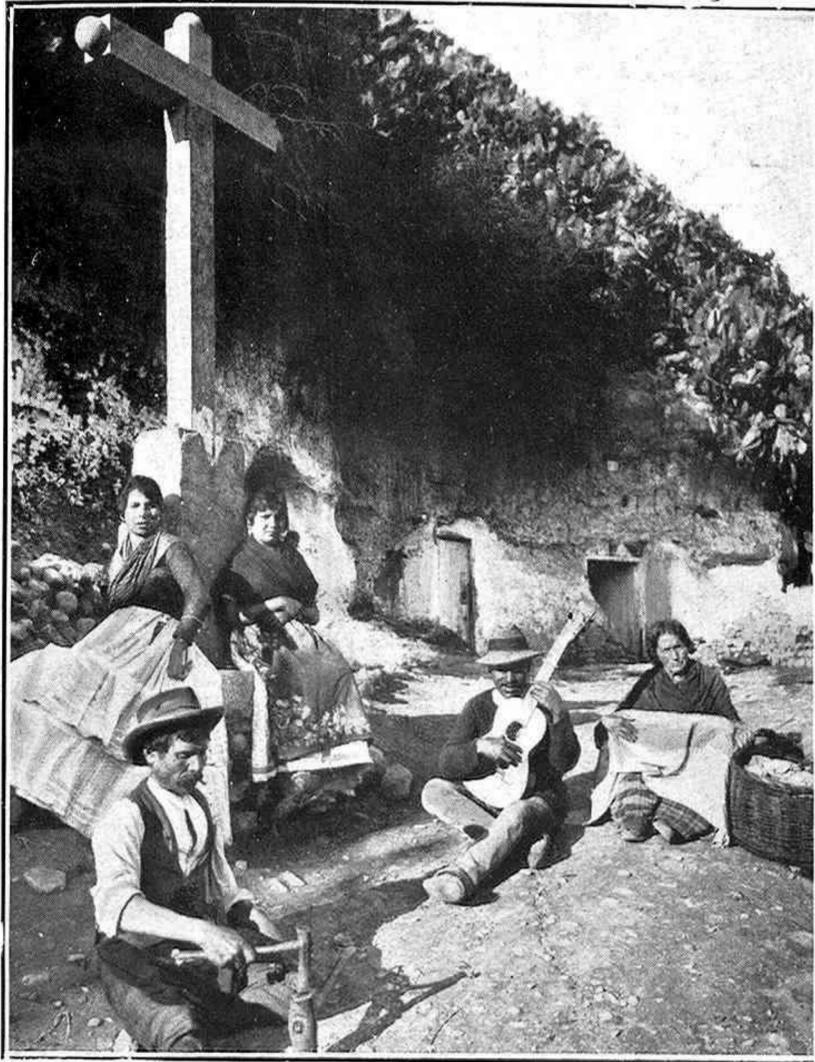
gió por sí mismo á los soldados que habían de manejar las piezas, queriendo que éstas y sus operantes fuesen igualmente fuertes; y para que el soldado sea fuerte ha de llevar en su corazón el santo temor de Dios. Cuéntase que entre esas piezas cisnerianas había una lombarda que, al ser disparada, producía tan gran estampido que sembraba el terror en torno, y las gentes decían, al nombre del Santo que se había dado á esos cañones: «Guárdate de San Francisco.»

José ORTEGA MUNILLA

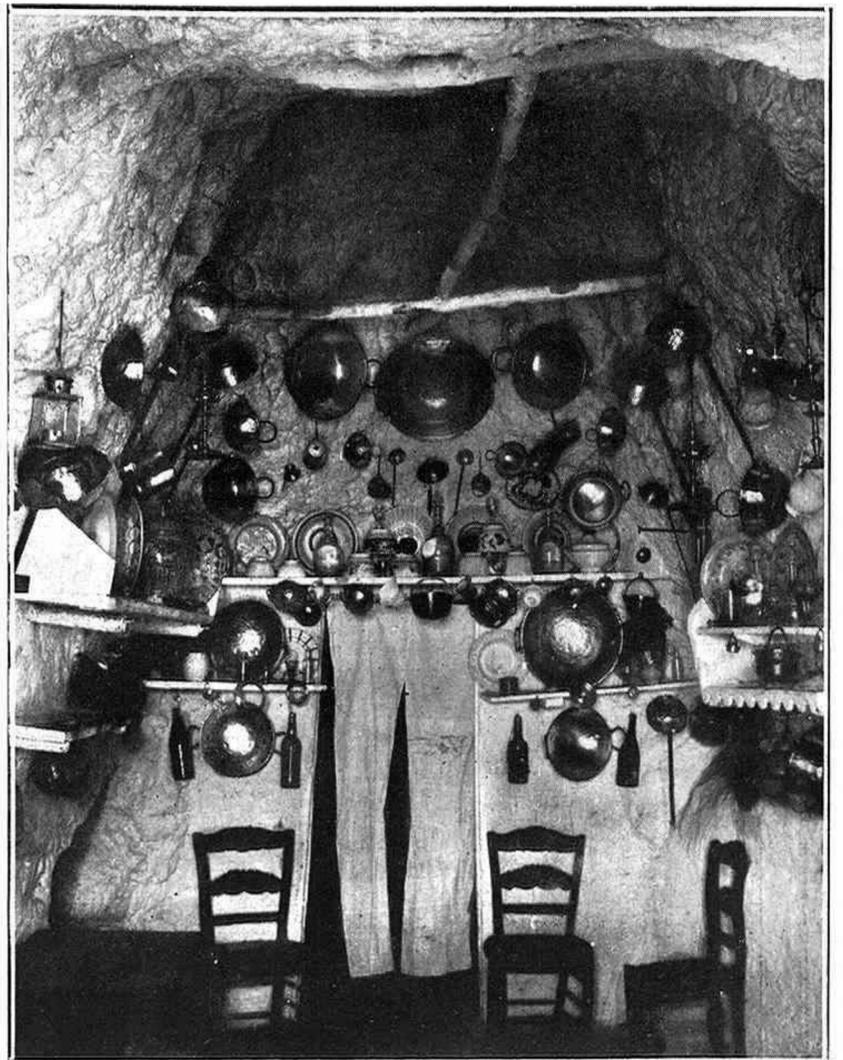
FOTS. CAMPÚA



# EL «CANTE JONDO» Y LOS GITANOS



A la entrada de las cuevas gitanas



Interior de una cueva de gitanos

Las noches del «cante jondo» serán inolvidables para los que las hemos vivido. Nos ha quedado de la fiesta granadina un movimiento de San Vito en la mano, moviendo el bastón al estar sentados hasta en las butacas de las visitas, pues por de pronto no sabemos dejar en el perchero sino el sombrero; del bastón no podemos desprendernos, como si fuésemos el eco de aquellos *cantaores* que no lo sueltan jamás, porque necesitan llevar el compás con él.

Hasta los niños que asistieron a la fiesta del «cante jondo» aduermen y cantan a sus nodrizas ya, en vez de que sus nodrizas les endormezcan á ellos.

La escuela de «cante jondo» ha quedado consagrada para esos niños de alma insaciable, llorones con llanto de copla, y en los que se descubre un «cantejondismo» irreductible:

Llorad, llorad, ojos míos;  
llorar si tenéis por qué,  
que no es vergüenza en un hombre  
llorar por una mujer.

Vivirá esta Academia de niños tristes, cuya tristeza se hinchará y se irritará hasta el delirio. ¡Habrà que ver la salida del colegio de esos niños «cantejondistas»!

Desde muy niños serán llevados á las juergas de los mayores para que canten en ellas, y su experiencia estará sobrecargada cuando lleguen á la juventud.

De las noches del «cante jondo» habrá salido la gran lección de estos niños, porque allí volvió á resucitar el diapasón y el arquetipo del cante profundo.

En la Plaza de los Aljibes, y como pájaros humanos, lanzaban sus jipíos al cielo los *cantaores*. Era el suyo el canto humano sin ningún artificio, natural, el que entró de lleno en la vida con el hombre.

Detrás de cada *cantaor*, el grupo de las gitanas era el coro mudo que escuchaba y lloraba cada copla.

Los gitanos estos días han estado conmovidos por lo del «cante jondo», pues á ellos les ha pertenecido la conservación, y el *cantaor* joven de más vigor y más hondura en la noche del concurso ha sido Torres, gitano sibilesco, que biqueaba con sinceridad de gitano en los cabeceos agónicos de los ¡ayes! primeros y finales de cada copla:

¡Ay, ay, ay!... ¡Ayayay! ¡Ay, ay!

.....

.....

¡Ay, ay, ay! ¡Ayayay!... ¡Ay, ay!...

Al pasar estos días por el Albaicín, nos concedían la gracia de su saludo los gitanos, porque, como decían señalándonos, éramos del «cante jondo».

A la puerta de sus cuevas, en que reluce el cobre, y cuyo tipo es el de la entrada de la mina, los gitanos se

han recordado y se han enseñado los cantares que se iban á perder, viéndose en esos grupos al que machaca en el yunque, y que era el lanzador de «martinetes», cantares que se cantan al son del martillo sobre el yunque.

Sin el fondo de gitanas que decoraron la fiesta del «cante jondo», ésta hubiera resultado un poco desairada, y aunque sin dejar de ser conmovedora y profunda, hubiera tenido negruras de pájaro negro, solitario en las ramas de los magníficos árboles de la Alhambra.

No ha habido premio para las gitanas que bailaron «la boda» con insuperable maestría al final del espectáculo, pero lo han merecido.

Nada como ese que se llama «la boda» entre los bailes gitanos, y que tiene envuelta y trezada toda la alegría y toda la tristeza que hay en la boda, la sospecha penetrante y la confianza infantil y carillena. «La

boda» es un baile «jondo», de arrebatado frenesí, al que al mismo tiempo atempera una santa inocencia pastoril, la inocencia de los villancicos y de los rumores pascuales.

Tiene «la boda» una grandeza inusitada y sincera, que enerva y exalta al mismo tiempo, y que tiene aire bullanguero, cascabelero, panderetil de alborada de felicidad mezclada á algo de aquellarre nocturno.

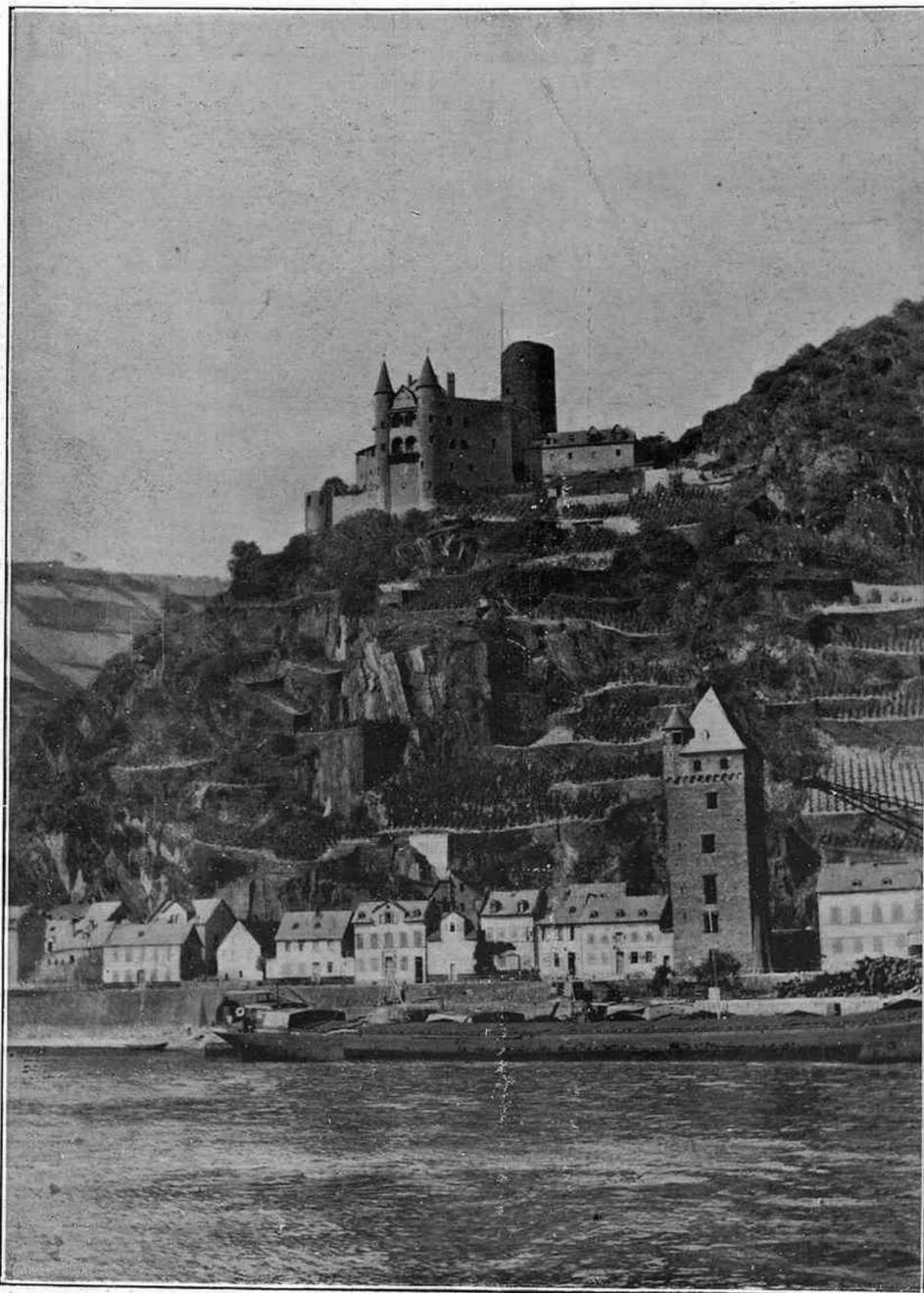
Esa contradicción cándida y perversa de la boda, ese baile de vírgenes gitanas en honor de la que se casa, es algo de un optimismo que hace desvariar.

«La boda» gitana tiene la alegría y la esperanza que despierta la boda en las niñas. En guirnaldas se abren los tirabuzones de olor de las magnolias y las perlas pálidas del azahar. Se abren los palomares más misteriosos de la feminidad y se sueltan las palomas ilusas que abriga en su pecho la mujer. Ofusca este baile, que tiene algo de primer baile del mundo, que ofrece al sacrificio las corderas blancas é inocentes, que son las mujeres casaderas, y promueve á una alegría desconocida y conduce á un paraíso misterioso y engaña el ánimo hasta dar escalofrío al sentirse uno fuera de las cuevas del mundo, en una plazoleta de ingenuidad, de alegría demasiado crédula y de fe en algo que acaba en seguida, que no continúa en la vida que se reanuda. Porque el baile de «la boda» es corto, y aunque se haga repetir varias veces sabe siempre á mucho y á poco. El fognazo de la alegría blanca, resplandeciente, deslumbrante é hilariante de «la boda», es breve como él solo, es una revelación instantánea, es como un són disperso, una sola cifra de la alegría de la boda primera del mundo.

Fué como un castillo de luz en la fiesta del «cante jondo» el bailable de las gitanas, en corros ágiles y alegres. Tuvo alegría ritual de boda el baile de los gitanos, y todos los novios se sintieron unidos á sus novias por una alegría de antigua boda, de boda del tiempo de Faraón cuando el mundo era más alegre, más vistoso y más crédulo.—RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



Balladores gitanos



Castillo medieval, en las orillas del Rhin

**V**IAJERO que vas á embarcarte sobre el Rhin: antes de atravesar la pasarela del vapor, repasa sus viejas leyendas, y así, cuando al remontar sus aguas tranquilas surjan ante ti las ruinas de castillos medievales que yerguen sus torres fieras, sentirás la emoción apoderarse de tu ser y contemplarás con deleite infinito estos admirables valles que el sabio Humboldt, después de conocer toda la tierra, ha colocado entre las siete maravillas del Mundo.»

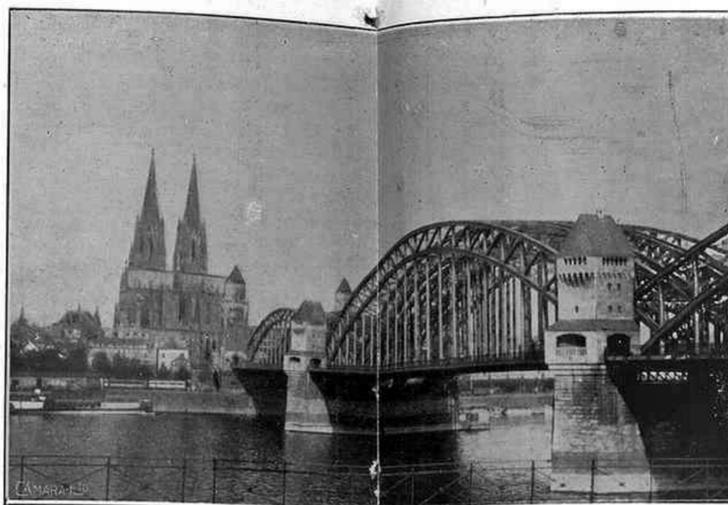
Algo así podrás leer escrito en alemán si tu espíritu inquieto y soñador te lleva con sus alas á contemplar el Rhin tras las torres gigantes de Colonia.

Déjate guiar; él va á llevarte, viajero, á través de un país de ensueño. Contempla el Rhin misterioso inclinándose sobre los puentes en que Colonia abraza sus aguas serenas, y miralas brillar; síguelas en el misterio de la noche clara; allá se pierden entre las verdes riberas como una cinta de plata tendida sobre la inmensa lla-

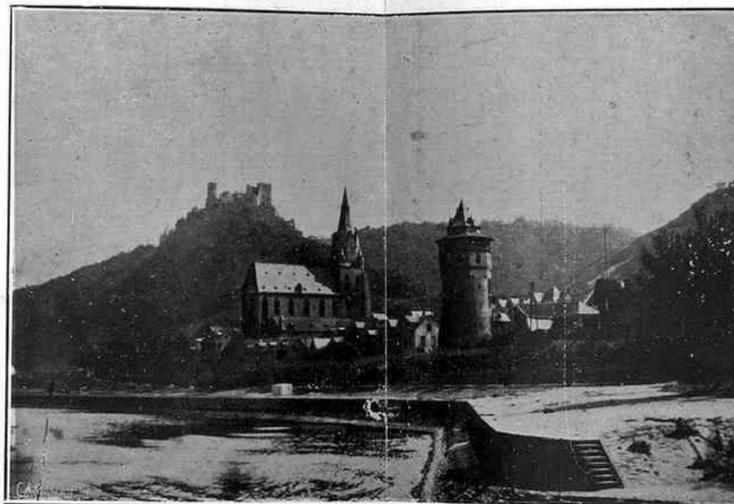
nura; escucha los vagos rumores que en el silencio de la noche harán llegar á tu oído la voz dulce, melancólica de Loreley. Déjate arrastrar por su melodioso encanto y llega en el esquife de tu fantasía hasta el pie de la roca que murmura leyendas.

¿La historia es cierta?... ¡Quién lo sabe!...

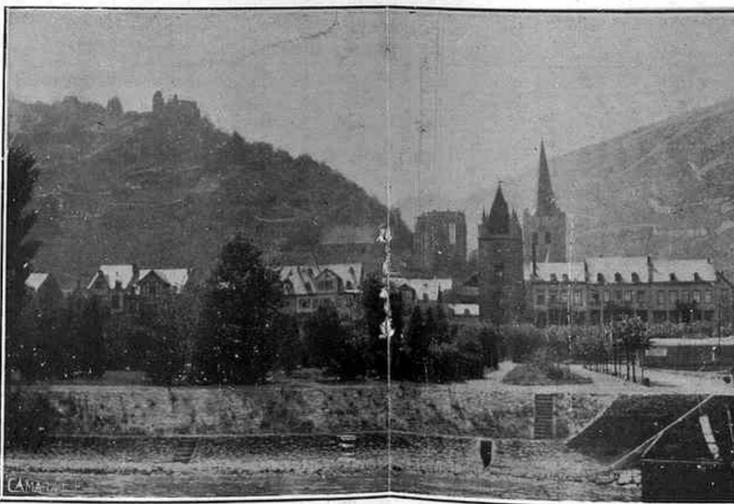
Era en tiempos lejanos, cuando estos castillos que levantan hoy sus torres solitarias eran refugio de señores feudales... Más allá de Coblenza, donde el Rhin precipita sus turbulentas aguas, una peña rojiza, inmensa, eleva al cielo su cresta orgullosa. Es Loreley. Y cuenta la leyenda, que cuando el manto de estrellas cubría con sombras de misterio los campos y los montes, escuchábase un canto melodioso, y una mujer bellísima aparecía sobre la roca envuelta en su dorada cabellera como en un manto luminoso. Encanto seductor, fatalidad del navegante que, fascinado por su atracción diabólica, venía á estrellar su barca contra las abruptas rocas que en-



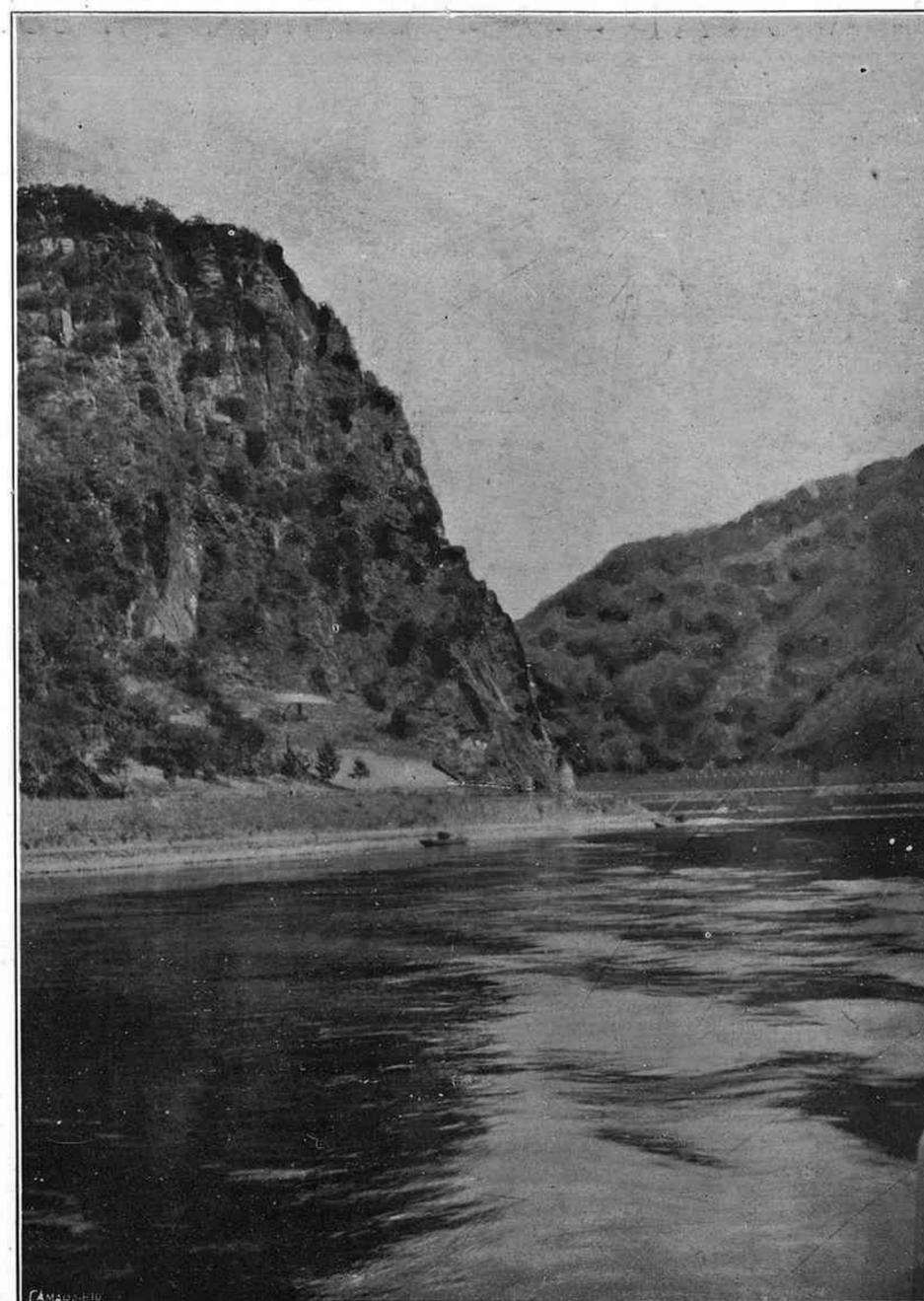
El Rhin, tras las torres gigantes de Colonia



Corre el Rhin á través de un país de ensueño...



Las ruinas de los castillos yerguen sus torres fieras en la orilla del Rhin



Pintoresca vista del Rhin

tregaban los trágicos despojos á las hirvientes espumas y sus gritos de angustia á los murmullos del Rhin.

Rolando era un adolescente noble y fiero que oyó contar un día la tentadora historia de aquella virgen dulce, bella como un deseo, y partió de la corte para embarcarse con un viejo marino que había de conducirle hasta la roca de sus sueños.

Ya el sol se había ocultado y la noche tendido su velo de sombras, cuando una luz intensa, como un brillante inmenso, apareciera en el azul del Cielo. Era la estrella de la tarde, Venus, que, cual ángel guardián del joven temerario, venía á advertirle su ciega locura. Pero en aquel instante un grito ahogado se escapó de su pecho. Allí, sobre la roca, al borde del abismo, una mujer se inclinaba tascinando al viajero, que dominado una vez más por la voz tentadora y no pudiendo conseguir del marino aproximar su esquife, se arroja á las espumas, intentando luchar para ganar la costa. La ribera lo

llama: «Lore!...» Pero, al llegar, las espumas traidoras lo estrellan contra las rocas y sus gritos de abrasador deseo van á perderse con el ruido del trueno en el torrente arrollador del Rhin.

El viejo batelero suspira dolorosamente, y luego de haberse persignado emprende el triste regreso, mientras allá abajo retorna la calma.

El Rhin murmura dulcemente, y otra vez, cuando las sombras de la noche cubren los viñedos tranquilos y los castillos misteriosos, vuelve á escucharse la voz dulce de mujer que entona sobre la roca trágica su canto melodioso, pero ya desde entonces semejante á un suspiro, como una queja infinita...

Este es, viajero, el Rhin de los melancólicos paisajes y de las tristes leyendas, que vas á recorrer, como á través de un ensueño, mañana al rayar el alba.

Colonia, 1922

FRANCISCO M. DE PADILLA

# EL VERANEO EN SAN SEBASTIÁN

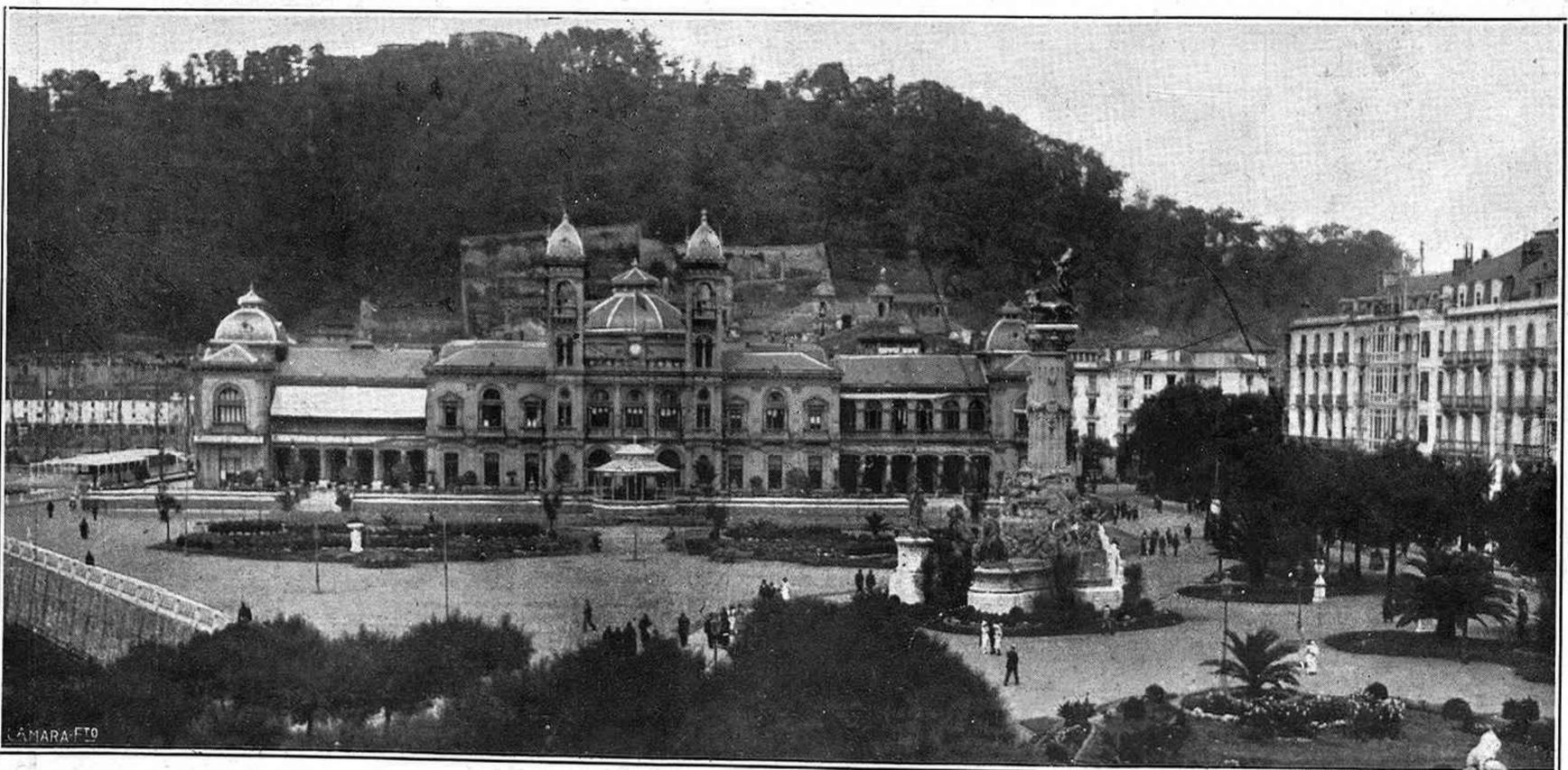


Vista de San Sebastián desde el monte Ulía

YA ha comenzado la elegante emigración á las playas de moda... Los trenes marchan á las capitales norteñas abarrotados del público que quiere huir de los fuertes calores cortesianos, y por todas partes se nota la febril agitación de la partida hacia lugares en que la sonrisa azul del mar sea como una caricia para los fugitivos...

Como todos los años, San Sebastián es lugar bellissimo y amado de los veraneantes. Ante la ciudad bonita, alegre y limpia, este año, como los anteriores, una enorme multitud rinde el tributo de su fervor y de su admiración hacia esta capital, que sabe figurar dignamente junto á los más preciados lugares extranjeros de estancia

veraniega. Su Casino, donde el lujo y la suntuosidad viven en íntimo y armónico acorde con la belleza, está lleno de la multitud elegante y cosmopolita que presta más vivo encanto á esta etapa veraniega de la ciudad, y las calles ríen desbordantes de una inquieta y bulliciosa animación, que triunfa igualmente en las playas.

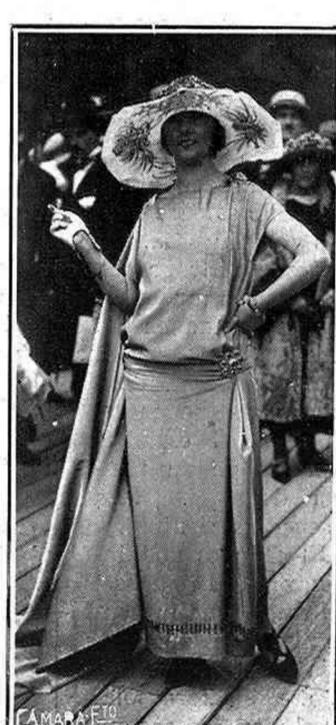


El Gran Casino de San Sebastián

FOTS. PHOTO-CARTE

# LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL



Modelos presentados por los modistos de París en las Carreras que se celebran actualmente



Es un retorno á la vida de Arcadia el salir de Londres en una mañana estival, por la clara estación de Paddington y con dirección á Henley, sabiendo que al final del trayecto nos espera un joven alto, esbelto, rubio, vestido de blanco, cuyo rostro rasurado y estatuaria garganta son dignos de haber sido inmortalizados por Praxiteles.

Al salir del diminuto y florido andén—cualesquiera de los que dan acceso á esta vía junto al Támesis lo son—, la mente se despreza y solaza en la placidez del ambiente; Londres y su eterno rugido callejero se olvidan.

Luego, cuando el joven y helénico acompañante nos coloca cuidadosamente en el *punt*—frágil batel convertido en lecho por medio de mullidos almohadones—y de pie en la popa impele la embarcación con un diestro movimiento de su vara, río abajo, el bienestar físico y mental aumentan.

Ayer por primera vez tuve la feliz ocurrencia de gustar este insuperable placer, tan específicamente londinense; porque las excursiones que se llevan á cabo sobre el río Támesis no se parecen á otras del mismo género. Son más bellas, más poéticas y, sobre todo, más elegantes. No hay mujer que pueda estar fea en este cuadro. De los hombres, no sé; pero cuantos vi ayer eran guapos.

Yo había conocido á mi acompañante sólo unas horas cuando acepté su invitación para pasar un día con él sobre el río. Afortunadamente, los apellidos del muchacho—perteneciente á la más rancia aristocracia británica—y sus excelentes modales, predispusieron favorablemente á la tía Adelaida en favor de nuestra proyectada excursión. Realmente, de la conversación del Adonis no había mucho que tener. Llevábamos navegando una hora y apenas habíamos cruzado dos palabras. A tal punto, que hube de entretenerme viendo cómo el sol, reflejado por mi traje de crespón color coral, frunció sobre las caderas y prolongado por unos *panneaux* de lo mismo, bordados en seda violeta, bañaba de rosada luz mis manos. Y yo, que jamás he sido tímida, sentí extraño azoramiento en presencia de aquel hombre que no aprovechaba nuestra soledad para cortejarme, que ni siquiera me miraba frente á frente. Sin embargo, luego de un rato adiviné en sus gestos profunda admiración por mi persona. Este procedimiento silencioso y poco expresivo tiene un sutil encanto, del que carece el amor violento que nos ofrecen los hombres de otras razas. Tal vez, á la larga, canse tan profundo respeto y consideración; pero ayer me deleitó en sumo grado.

Como el día no era de fiesta, escaseaban las embarcaciones que hallábamos al paso. Eso sí: todas eran escenario de un al parecer interesante idilio. Ellos, siempre de pie, impulsaban las bateas, en las que ellas se recostaban muellemente. Y los trajes de «organ-die», el material de moda, de vuela y de crespón, señalaban pinceladas de sangriento carmín y de oro pálido y de vibrante azul en las ondas tranquilas del agua.

A la hora del almuerzo mi anfitrión aproximó el barco á la orilla; y luego de haberme instalado sobre el césped, se dedicó á extraer un exquisito *lunch* de un cesto que traía en la embarcación.

Langosta, pollo fiambre, fresas con crema batida y una botella de aromático vino constituyeron el «menu». La intimidad del almuerzo, la sombra frondosa de un árbol y también el vinillo espumoso contribuyeron á romper el hielo, y nuestra amistad «flirt» hizo, los tres cuartos de hora que duró el almuerzo, inesperado progreso.

Luego, terminado el refrigerio, volvimos á ocupar nuestros puestos respectivos en el batel; la conversación siguió con bastante animación. Logré enterarme de que á mi acompañante no le agradan las mujeres aficionadas al *sport*, ni las trabajadoras, ni las redentoras, sino las meramente «mujeres» delicadas, sentimentales coquetas, y deseosas de agrandar... al hombre, claro es.

Esta condescendencia suya nos permitió encauzar la charla por los senderos apropiados á su criterio, y hablamos de la belleza femenina, conviniendo ambos en que el cutis tostado, tan en boga hace un año, no es realmente bello; en que la piel mate es la más atractiva, sobre todo si destaca unos ojos verdes; en que el pie de la mujer no debe ser excesivamente pequeño, sino delgado y largo, y sus manos de dedos muy largos y levemente encorvados; en que las faldas largas han acampado, con carácter definitivo, en los reales de la Moda; en que los trajes escotados seguirán llevándose; en que las mangas largas no hallan favor, y en que los sombreros llevan trazas de adquirir un tamaño exagerado, pues rebasan la línea de los hombros.

## MARINA

## EL COPO

TARDE estival. El sol, cada vez más rojo, escondiéndose en lo infinito. Extiende rayos ígneos, que, aun en su muerte, quemán y encienden las mejillas. Yo consigo burlarme de tan magnánimo poder á la sombra de una peña dentada. La orilla de la playa, casi junto á mis pies, retuerce, hace y deshace su espumareda nívea. Emerge de la mar un fresquillo salobre que presta á los sentidos ansias voluptuosas...

Desde mi trono libre contemplo, admiro. Las bellezas son muchas. Objetos y paisajes enfielven mi retina en un cendal azul. A través, desfila mansamente una gran procesión de imágenes graciosas, delicadas, que ponen en mi alma el espasmo supremo de un temblor delicioso. ¡Hora de encantamiento!...

El cielo es una luminaria añil inmensa, sin rotos, que presenta al Oeste una bengala desvanecida en rosa. Brilla tornasolado el mar. En sus ondulaciones blandas se quiebra el atardecer, deshecho en haces de luz, que ponen en las aguas ricas aplicaciones. El mar nos muestra un rostro de paleta: manchas aquí, manchas allá. Hay remansos azules, lamparones verdosos y estrellas de serpiente blancuecinas. Lejos, las quillas de unas lanchas pesqueras tejen espumas. De esto parecen ser sus velas albas, enhiestas, retadoras.

En la playa, el silencio es intermitente. Un puñado de hombres morenos, tostados, remangados los brazos y las piernas, greñudos y sin cuidado, liotean su tralla en el calamento y tiran de la red escondida en las aguas. Lo hacen gritando, porque así se enardecen, se prestan bríos. Parecen bestias domesticadas, voluntarias. Y hay curiosos también que presencian aquello: el rudo pelear de los desheredados. Unos sonrían, haciéndose simpáticos, y otros, estoicos ante las penas de los pobres, presencian y se ríen, levantando en el pecho de los hombres marinos un odio fiero, callado. Como si fuese un lujo la rudeza, ó un deseo caprichoso, á ella se aferran nada más con las fuerzas y el alma. Tiran, tiran... Les anima la esperanza de que pronto han de ver sobre la arena la plata brincadora de un tesoro.

Cerca de allí hay un ventorro, donde se asan sardinas vivas entre peñones y sirven un *clavete* de padre y muy señor mío. Todos los días se ve concurridísimo, no sé si es por el vino y las sardinas, ó es por la hembra maja que lo sirve... Tiene á la puerta varias mesitas, y algunas de ellas hay ocupadas por gente alegre, que ríe y charlotea en medio de un barullo encantador. Para éstos no existen los marinos sudosos de la orilla.

Para la moza, sí... ¡Ventorrillera peregrina!

Es de un moreno claro, como son las pinturas de un ensueño. Limpia, joven y hermosa, bendiciéndolo todo, se ve á la puerta de su establecimiento. Sin atender á los galanteos ni á las miradas lujuriosas de sus clientes, absorta mira una lancha lejana que se acerca, se acerca á las arenas, mientras un vientecillo enamorado hace juegos y mimos con unos rizos negros que caen sobre la frente de la moza, soberana y castiza.

Sin importarles nada todo esto, los pescadores, cada vez más ansiosos, como quienes esperan, transcurrido un minuto, abrazar la dulzura de una esperanza bella, se recuerdan la fe

unísono explota un conjunto de voces, que son el eco atolondrado de una canción de locos, de una sonata hiriente: la del espíritu en sus momentos de impaciencia. Delirio... La red, blanca en el fondo como el espumaral que rompe al salir del agua, ya en las arenas, se ve en medio de un corro de aturdidos. Brillan más las pupilas que las escamas plateadas de los peces. Las pupilas que miran, como anhelando un vuelo. Y los pescados, diríase que espantados y encogidos de miedo, dentro de su prisión, unos encima de otros, montón sobre montón, coleán y saltan, peleones é inquietos, deseando ganar la libertad perdida, la existencia trun-

cada. Por los claros de la red algunos suelen evadirse y salpican de plata el arenal. Consiguen que sonrían los curiosos... Aún más inquietos que los peces, los pescadores, con el pulso temblón y la carne perlada, van llenando sus cestos con la riqueza ya extraída del tesoro. Dicen con el semblante que la jornada ha sido buena.

Se acercan todos á una lancha que llega. Un mocetón guapote la conduce á la orilla. Encalla. El mozo salta á tierra, y sus hermanos le saludan en una algarabía de entusiasmos. Poco después, todos se llevan algo del oro recogido.

La playa ha recobrado el lánguido silencio de las horas inquietas. Los curiosos dejaron el lugar. Algunos pescadores, con sus banastas llenas, han corrido á vender, á pregonar los frescos boquerones. Otros se han detenido; lían el aparejo, sosegados, satisfechos y alegres. El lancharo ha ordenado á los demás y ha cogido la marcha, presurosa y ligera, con dirección al ventorrillo.

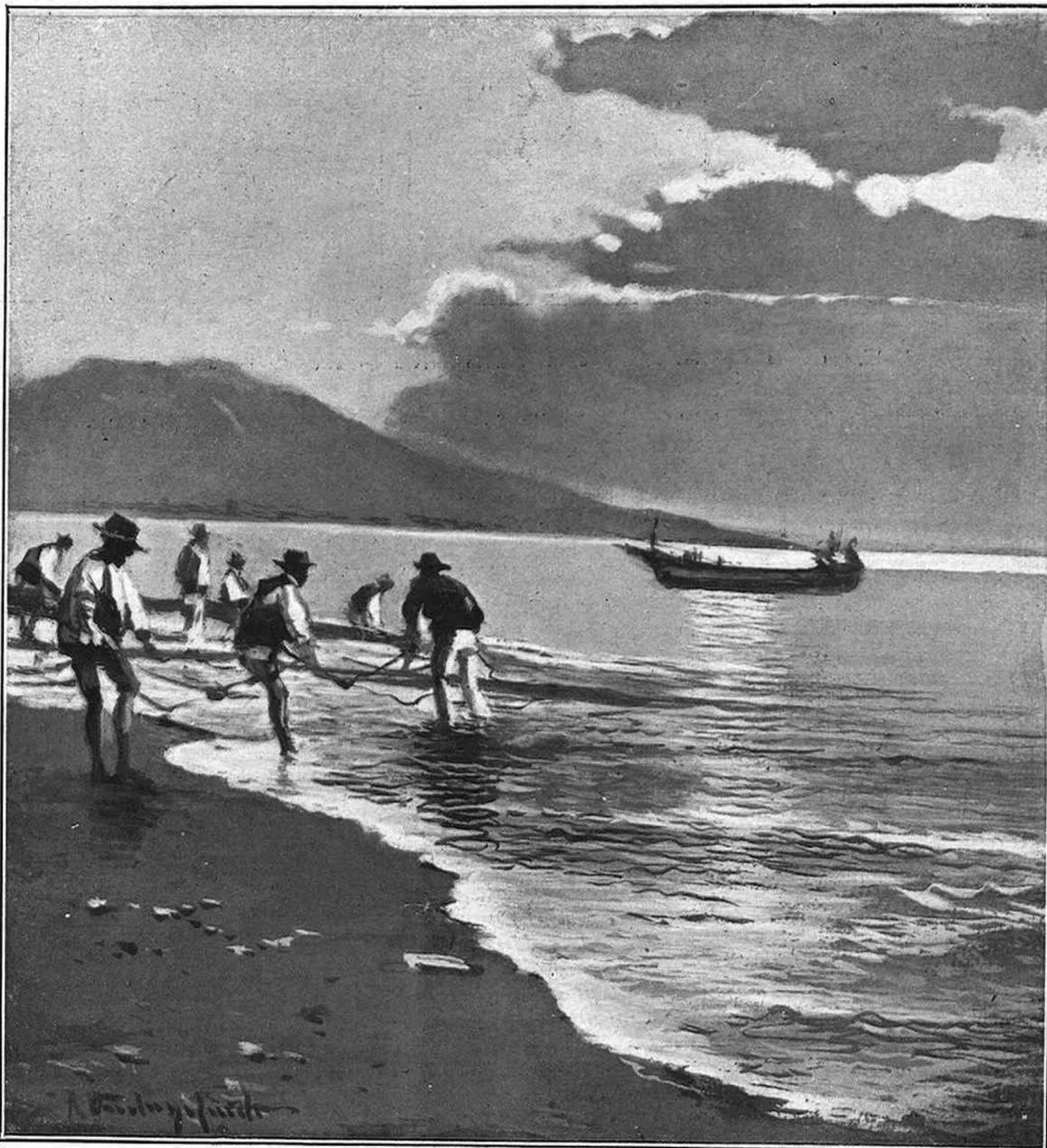
Aquí sigue la gente bebedora dada á su

holgorio loco, sin dejar de alabar ni un solo instante la hermosura gallarda de la ventorrillera. Ella ha sido la sorda... Toda la tarde sin oír. En postura arrogante, retadora y gentil, ha estado fija allá en la lancha, de la cual son sus ojos luminosos el fanal esplendente que la guían, trazándole una ruta provechosa. No tiene otra ilusión la hembra guapa. Ve en la barquilla al mocetón que la enloquece: al que besa y adora con pasión absoluta... Ahora le ríe el alma. Su mozo llega, chaqueta al hombro, risueño el corazón, anhelantes los ojos, prodigándole bien, halagos y caricias. Ella le ha dado al rostro la palidez divina de las vírgenes...

Ya se ha escondido el sol, y en la playa no queda otro ruido que el de las olas, unas olas suaves que entonan la canción de un sensualismo dulce. Oyéndola, los corazones de la venta se quieren como santos. Ascienden entre besos...

JOSÉ TELLEZ MORENO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



y la energía en el trabajo. «¡Up! ¡Up!» Tiran, van sacando la red, que asoma ya por entre las aguas próximas las puntas enrejadas. Y tiran con ahinco. Tienen el corazón henchido de alegría; rebrincan en sus intimidades con alborozo risueño y loco. El cercano sosiego les contenta. La paz les estimula. Guardan en ella los goces familiares: besos de hijos y cariños de madres. De vez en vez, la dejan y forman sus reuniones, donde las risas broncas y las palabras atropelladas se confunden. Disfrutan todos en derredor de una lata de vino, que aman como á su propia sangre...

El copo se vislumbra en la transparencia de las aguas. Ya no son solos los pescadores los que rebrincan de alegría; les ayudan los otros, los curiosos, con su avidez inmensa. Estos, igual que los marinos, desean contemplar el vivo revoloteo de los peces en la red extendida sobre la arena húmeda y brillante... El copo asoma... Anhelante, sufre todo el que ve. Se piensa en un temor... ¡El copo! ¡El copo! Al



«Paisaje de Brujas», cuadro de José Bráñez, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

## M A D R I D

ESTA palabra, Madrid, no suele pronunciarse entre provincianos con pureza de intención. Los catalanes, los vascos, los castellanos, los andaluces, los gallegos, cuando hablan de Madrid, piensan en el Ministerio que les dilata los negocios; en el abogado que ha cobrado su minuta por el recurso; en las Cortes, sede de la garrulería; en el diputado que dice representarles y no las represente; en la fonda sin agua tibia, sin toalla y sin jabón; en la palabra amable y en el gesto ambiguo. Pero eso, provincianos, ¿es todo Madrid? ¿Es siquiera el aspecto más interesante, más absorbente de Madrid?

Yo, hombre de mi rincón, de mi tierra y de todas las tierras, voy á decir en seguida que no. Hay el Madrid sórdido de los oficinistas, de los pasillos estrechos y mal olientes, de los despachos regados con colillas y los baldiques con manchas de café, del expedienteo, de la intriga, de la demora, de la farsa, de la simonía. ¡Al fuego con él! Y el Madrid espectacular y cortésano de las carrozas de concha, de las plumas, penachos, cintas, placas, espadines y correos de gabinete. ¡Tampoco me interesa este Madrid! Y el Madrid de la muchacha menudita, ágil, nerviosa, chula, pizpireta, ingeniosa, ingenua, bien peinada, mejor calzada, amorosa, fácil, dulce y, á la vez, llena de desdenes y donairosas incongruencias. ¡Este Madrid sí me place!

Y hay otro Madrid: el mío, que es el que fue-

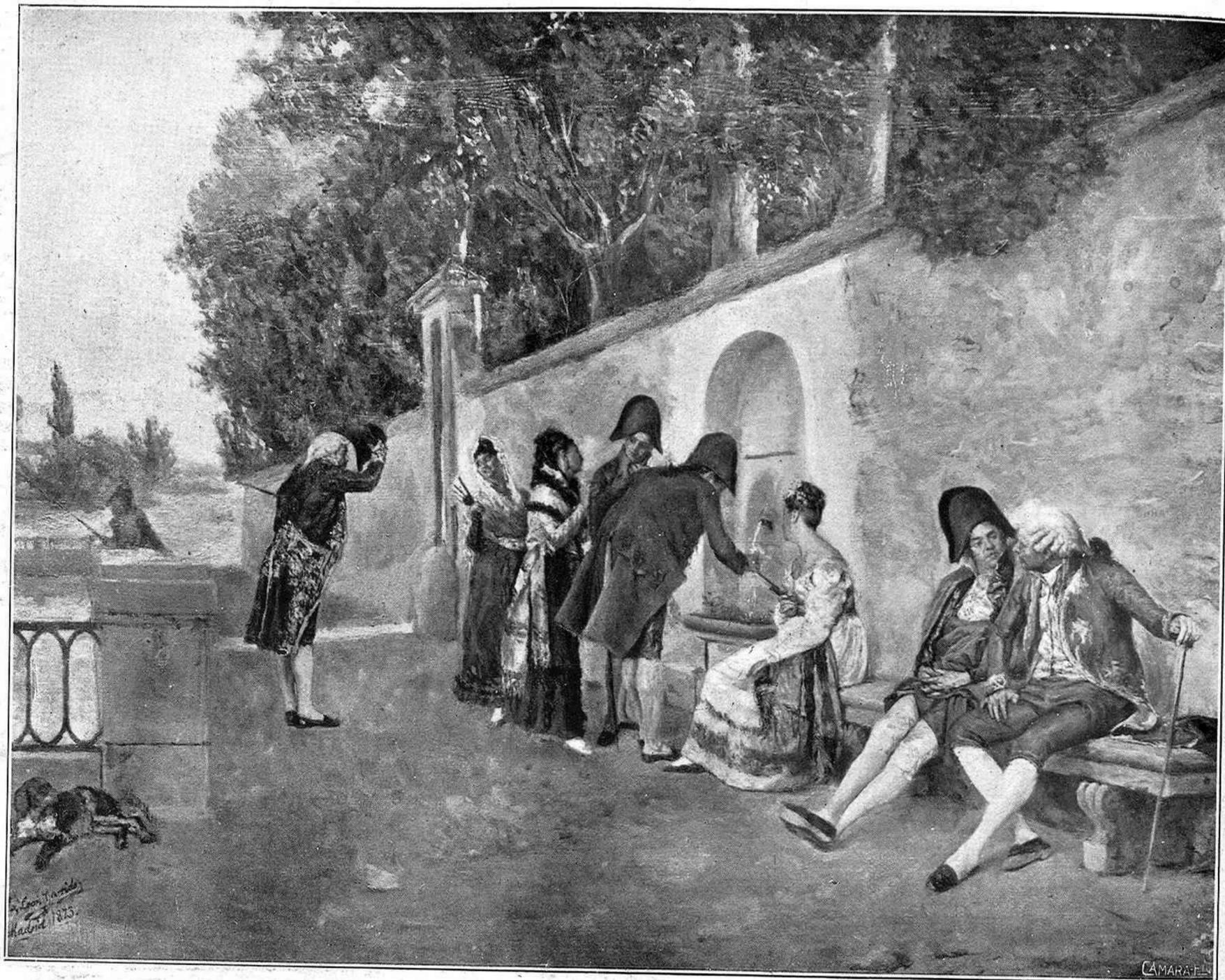
ra de Madrid no se conoce, ó se conoce menos. Físicamente, es muy bonito y muy llano. Palacetes de cruz y espada, tiendecitas aldeanas en la calle de Toledo y plazoletas admirables como la de San Andrés, y conventos como el de las Trinitarias, y campanitas que tañen alegremente al amanecer, y pintorescos mercados como el del Carmen, y fuentejillas como la Dorada, y puentes como el de Segovia, y barracas, y «tíos vivos», y puestos de libros viejos, y olor á churros y á pimentón. Este Madrid, que es el Madrid madrileño, el Madrid de antes de la Revolución casera del 68, el Madrid del café de Zaragoza, y el de los cocidos suculentos de la calle de Barcelona, y el de los bartolillos de la calle de la Cruz, y el de la ronda de Atocha, y el de San Isidro, y el de las barricadas de la Plaza de Antón Martín; este Madrid de las casas de compraventa, y de la gente humilde, el de la mecanógrafa que sostiene á la madre, y el del chico del *tupi*, y el del regente de imprenta, y el de Lola la marchosa, y el de Pepe el federal, y el del señor Juan el portero—Mesonero Romanos, Ventura de la Vega, López Silva, Arniches—; este Madrid, digo, es ingenio y simpático, tan víctima como Belchite, como Cuenca ó como Tarrasa, del otro Madrid-corte, Madrid-oficina, Madrid-tentáculo, Madrid-estómago y Madrid-intestino.

¡No, señores míos, no! Hablamos un poco de-

prisa, generalmente. Suele faltarnos casi siempre el sentido del matiz. Este Madrid me place y me enterece. ¡Este querido Madrid del Ateneo, de la oficina, de la redacción, de la tertulia grata del *Gato Negro*, de los amigos de *Espana*, del rincón apacible de la biblioteca del Congreso, de los *cuplés* de Maravillas y de Rómea, del correo con los libros recientes y sabrosos, de *Renacimiento* con las pláticas de Pérez Zúñiga y del andariego Zamacois, de las casas amigas donde reposamos del trabajo oyendo á Beethoven y á Chopin, de D. José Soltura, de *Azorín*, de Palacio Valdés, del bíftec del Colonial, de los callos de Varela, de la cerveza de la Plaza de Santa Ana, del pote gallego de la calle de la Visitación! Y por las mañanas, cuando con el ánimo alegre, la faz lavoteada y la mente despierta, y el corazón henchido de plenitud, busco mi pan de trigo y mi afán diario, y me despiertan las campanitas de San Andrés, y me alegran los ojos del alma los cuerpos bonitos, los mantones madrileños y los zapatitos relucientes, y los moños peinados de las obrerillas, yo bendigo este Madrid, lector amigo, más *mío* entonces que las llanuras inhóspitas de mi Castilla y que los rostros inexpresivos de esos coetáneos nuestros que no saben perdonarnos—¡los pobres!—el pecado de nuestra inquietud.

José SANCHEZ ROJAS

## T O M A N D O E L A C E R O



Al cultísimo escritor y castizo madrileño Vicente Díez de Tejada.

Esos pinos salutíferos de la Real Casa de Campo, saben anécdotas de más de cinco siglos. Nada hay comparable á la hora vespertina en el cerrillo ó cuartel de la Torrecilla, que empieza en el plantío de Largueira y termina en Valdeza, ya cerca del paseo de los Robles.

El lucero de la tarde es juez divino que ha de premiar á todos los cantores de esta vasta posesión; desde los primitivos Vargas, hasta la egregia duquesita madrileña que no ha muchas tardes improvisaba versos á presencia nuestra.

El Plasmador de los cielos haga cegar á todos los que no sepan admirar en su infinita grandeza las dilatadas bellezas de estos riscos velazqueños, por los cuales discurrían los personajes antañones que tomaban el acero.

Tomar el acero no era ni más ni menos que beber el agua ferruginosa ó de hierro de la fuente de la Salud y de algún que otro manantial que brota por aquellos encantadores rincones. Iban las damitas atacadas de clorosis y de amor; los galanes que las cortejaban; madres celosas y dueñas desaprensivas; majas de campanillas y señorones graves; el abate, el torero, el anciano comedido y austero.

Levantarse con el alba en las tibias y encantadoras mañanas de primavera, para ir á la Casa de Campo ó al Campo del Moro á tomar el acero, era antiguamente una costumbre singularísima, que, como otras muchas, retrata el carácter de nuestro pueblo.

Aquellas expansiones coincidían con los paseos al Sotillo, Trapillo y Santiago el Verde.

Esto de tomar el acero parece que en sí no

tiene importancia, y, sin embargo, constituía una verdadera romería digna de ver y admirar, por los carruajes, la multitud abigarrada y el atavío de las damas.

También hacia esta parte del río se levantaban los puestos llamados *garabitos*, para la venta de limones, pastillas y golosinas, que las mujeres tenían libertad para pedir á sus galanes enamorados.

Así recibían al sol los madrileños madrugadores, jugando á la gallina ciega, lo mismo que en el tapiz primoroso que Goya pintó con destino al dormitorio de los Infantes en El Pardo.

Divertían sus ocios las damas embozadas, cuando la Casa de Campo ofrecía grato esparcimiento, lo mismo que en los días lejanos de las representaciones dramáticas, las bandas de música y los Reyes paseando por el lago en una góndola rodeada de cisnes.

Yo siento una singular y profunda admiración, adoración, mejor dicho, hacia ese embalsamado retiro de Reyes y magnates, que es como un castellano y ameno Trianón, en las márgenes mismas del Manzanares; ese río medrado, macilento, lo que queráis que sea, pero que con su ropa tendida y sus lavanderas pícaras tanto ha dado que hablar á propios y extraños. Yo venero los pinos enhiestos que dan, pródigos, su esencia.

Y á fe que no soy yo solo quien comulga en este culto de la Naturaleza. Pues toda una época de condes y duquesas, de majas y manolos, soñadores unos, poetisas otras, amigos del donaire los más, narradores de leyendas algunos, con el pretexto de tomar el acero, invadió la Real Casa de Campo, buscando los rincones misteriosos de Cobratillas y de la Encina de Trillo.

Epoca de esplendor en que los magnates representaban las más famosas comedias. Y andaba por allí muy suelto el niño de los ojos vendados, amenazando, apuntando al corazón con sus flechas.

¡Oh! Si aquel niño hubiera podido disecar los pensamientos más callados de los enamorados que bebían el agua de hierro, quizá en un momento de amarga filosofía hubiera roto todas sus saetas. ¡La filosofía de las pasiones secretas! Nadie, nadie habría respondido sinceramente.

Pero la tradición sabe de una merienda con que la duquesa de Alba obsequió á sus íntimos, entre los que se encontraba D. Francisco de Goya. El pintor ofreció á las damas los más delicados ramilletes y búcaros. Luego, corrieron á ver quién resistía más. Hicieron colación que agradó en extremo á todos. Y fué aquella tarde cuando la duquesa perdió una horquilla de carey y brillantes con incrustaciones de oro.

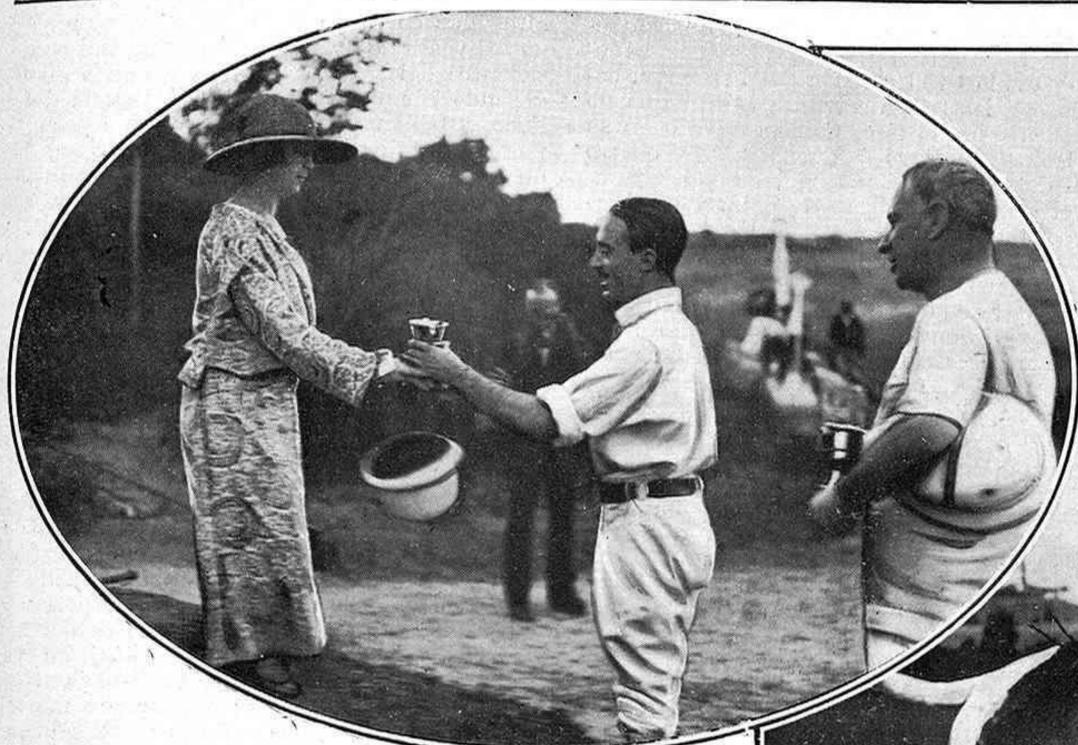
Costumbres de ayer, manolera de otra edad, majismo del pueblo sin par, como los rostros primorosos de aquellas divinas mujeres que eran madrileñas en la verdadera acepción de la palabra.

Majas que después de tomar el acero sabían correr por los barrios legendarios, donando su ingenio y su guapeza. Raza españolísima, de sangre ardiente, enamorada del bullicio, de la juega populachera, de las fiestas tumultuosas. ¿Y por qué no decirlo? También de los placeres y de las aventuras.

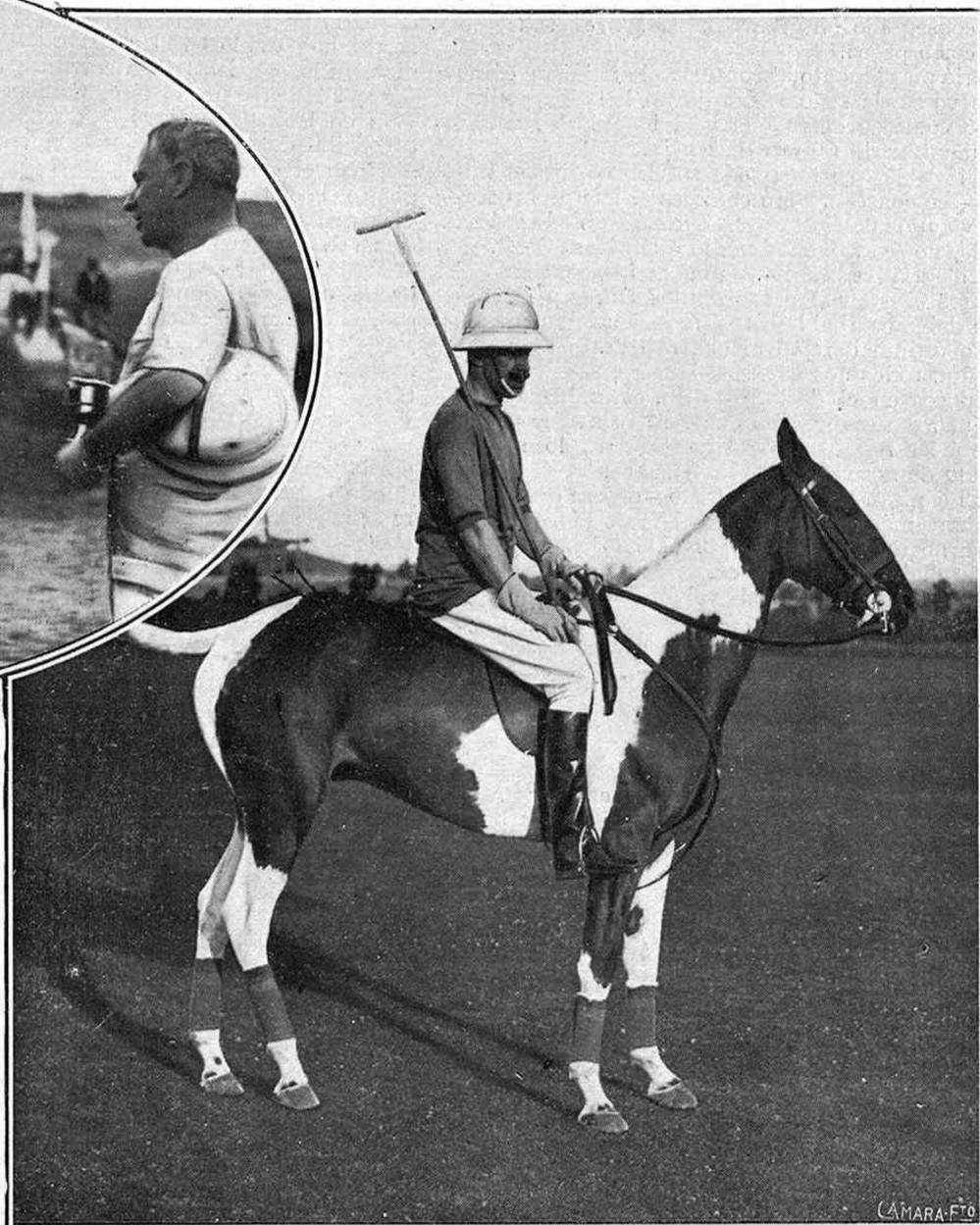
Cuadros llenos de color y de poesía. Pinos centenarios bajo los cuales ha despertado el alma española y ha vibrado de continuo la poesía madrileña.

ANTONIO VELASCO ZAZO

DE NORTE A SUR



La señorita Paloma Falcó entregando al conde de Velayos la copa del duque de Alba, en el partido final de polo jugado recientemente en el Real Club de Puerta de Hierro FOTS. CAMPÚA

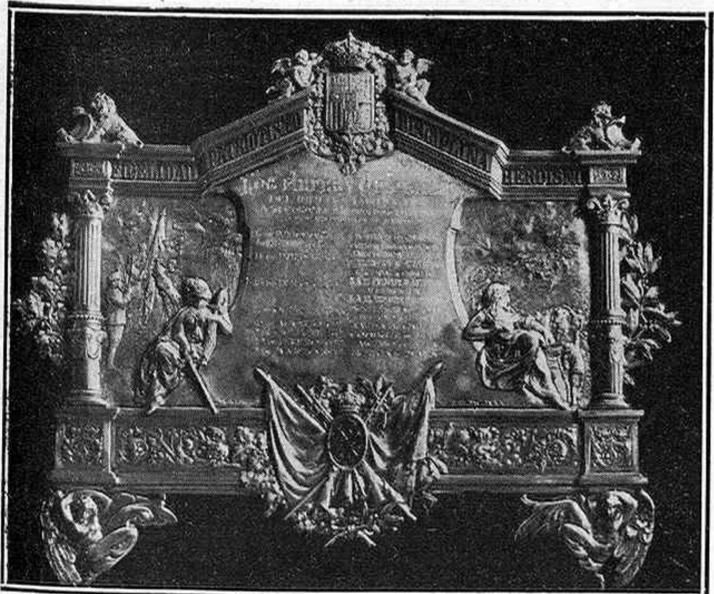


S. M. el Rey con su yegua favorita «Pia», con la que jugó el partido final de polo en el Real Club de Puerta de Hierro



Lápida, original del escultor Ferrant, puesta á la memoria de Eduardo Rosales en el paseo que lleva el nombre de este ilustre pintor FOT. DÍAZ

El Círculo de Bellas Artes ha colocado en una casa del paseo de Rosales una placa conmemorativa al gran pintor cuyo nombre honra esa parte admirable de Madrid. La placa es un relieve esmaltado, original del escultor Angel Ferrant, y se presenta la Pintura sosteniendo un medallón coronado con el busto de Eduardo Rosales. Es una obra bella, sencilla, en la que se rinde tributo á la gran figura del maestro de la pintura española moderna de un modo digno y discreto.



Placa ofrecida al general Saro por la oficialidad del Regimiento del Rey, del que fué coronel aquel bravo militar FOT. CAMPÚA



S. M. el Rey, con el Presidente del Consejo de Ministros y D. Torcuato Luca de Tena, director de Prensa Española, presidiendo el reparto de premios que con el producto de la suscripción organizada por «A B C» se celebró recientemente en la casa de nuestros colegas FOT. DÍAZ

En la casa de nuestros queridos colegas *A B C* y *Blanco y Negro* se verificó recientemente el acto de entregar á los soldados madrileños el donativo que les correspondía en el reparto de las cantidades recaudadas en la suscripción que abrió *A B C* y que ha obtenido tan brillante resultado. Al acto asistió S. M. el Rey, que entregó personalmente á los soldados los donativos que les correspondían. Junto á él se sentaron, presidiendo el reparto, los Sres. Sánchez Guerra, presidente del Consejo de Ministros, y Luca de Tena, director de Prensa Española, asistiendo también numerosas ilustres personalidades.

alejándose, mientras Elena entraba en su casa. ¡Un día perdido!... Estaba furioso contra él mismo y contra los demás.

Apareció Pirovani en una bocacalle, y al ver que Moreno se dirigía a su alojamiento, corrió a encontrarse con él. Ansiaba conocer los episodios de una excursión a la que no había sido invitado. Temía, con la credulidad del celoso, que Canterac hubiese conseguido un gran avance sobre él durante el corto paseo.

Sonrió puerilmente al contarle el oficinista cómo varias veces «la señora marquesa» le había pedido que se colocase entre ella y el ingeniero francés, para mantenerlo a gran distancia.

—¡Si yo sé que no puede sufrirlo!—dijo el italiano—Me consta... Pero como es el jefe de los trabajos y ayuda en ciertas ocasiones a Robledo y a su marido, no se atreve a decir lo que piensa de él.

Su alegría se nubló según le fué contando el oficinista el encuentro con Manos Duras y la confianza del gaucho al hablar a la «señora marquesa».

Esto último indignó al contratista.

—Aquí todos nos creemos iguales, porque vivimos juntos en el desierto—dijo, escandalizado—. Cualquiera día ese gaucho cuatrero querrá ir por la noche a las reuniones de la marquesa, lo mismo que uno de nosotros... ¡Cosa bárbara!

—El capitán—añadió Moreno—quiere que no se le compre más carne a Manos Duras, ni se acepte ningún negocio propuesto por él. Eso usted puede hacerlo mejor que Canterac.

Pirovani contestó con vehementes signos de asentimiento:

—Así se hará: dice muy bien ese hombre... Es la primera vez, en mucho tiempo, que estoy de acuerdo con él.

## X

Pocos meses después de haber empezado los trabajos en el campamento de la Presa, los habitantes de las diversas colonias establecidas a ori-

llas del río Negro hablaron con admiración del nuevo boliche del Gallego, apreciándolo como el establecimiento más hermoso de la comarca. El dueño había embellecido su interior con una novedad tan instructiva como interesante.

Uno de los primeros que acudieron al campamento en busca de trabajo fué un inglés que llevaba muchos años vagando de un extremo a otro de la América del Sur. La última etapa de su existencia aventurera había sido en el corazón del Paraguay, comerciando con las tribus salvajes; tráfico que no parecía haberle hecho rico. Como recuerdo de su vida en las selvas, llevó a Buenos Aires cuatro cocodrilos del gran río Paraguay, llamados *yacarés*, con el caparazón relleno de paja, y una serpiente boa de varios metros de longitud, cuyo vientre había sido atiborrado de hierbas por los disectores indígenas.

En la capital de la Argentina le hablaron de los grandes trabajos que se realizaban junto al río Negro, haciendo necesario el enganche de numerosos jornaleros, y allá se fué con toda su colección de animales empajados, saltando de la temperatura tórrida del Paraguay y el Brasil inferior, al invierno rudo de la Patagonia.

A las pocas semanas murió de *delirium tremens*, por haberle abierto un crédito demasiado amplio el dueño del «Boliche del Gallego»; y como este honrado industrial creía firmemente en el santo derecho de cobrar las deudas, y poseía, además, cierto instinto de la decoración oportuna para atraer a los parroquianos, se apropió los cuatro yacarés y la boa, adornando con ellos el techo de su tienda.

En realidad, Antonio González, que era andaluz de nacimiento, aunque le apodaban todos «el Gallego», no podía mirar sin cierta aprensión hereditaria el enorme reptil que, semejante a una maroma de barco, pendía formando curvas de los cuchillos de la techumbre. Pero a los ebrios más consecuentes del establecimiento les placía beber debajo de este adorno extraordinario, y un comer-

ciante debe sacrificar sus preocupaciones y sus miedos para mejor servicio del público.

El ofidio de pellejo arrugado, cubierto de moscas que formaban sobre él un forro negro, inquieto y rumoroso, se extendía por la mitad del techo, de punta a punta, agitándose como si reviviese cada vez que se abría la puerta y entraba un chorro de aire. Esta corriente atmosférica hacía caer a veces en los vasos de los parroquianos moscas secas procedentes del verano anterior, escamas de pellejo del culebrón y un polvillo sutil, mezcla de su relleno vegetal y del arsénico empleado por sus preparadores para impedir que se pudriese. En los ángulos del techo se balanceaban, pendientes de cuerdas, los cuatro cocodrilos, negros y rugosos por el dorso, y mostrando al público el color amarillo de sus vientres y las plantas de sus patas.

Las gentes del país, cuando pasaban por la Presa, creían necesario detenerse a beber un vaso en el boliche para admirar tales novedades. Las aguas del río Negro jamás habían conocido cocodrilos, y en cuanto a reptiles, no había en toda la Patagonia más que ciertas víboras de mordedura mortal, cabezudas, cortas y gruesas, como el signo ortográfico llamado coma.

El dueño del boliche, con la autoridad de un hombre que ha visto lo que cuenta, explicaba a los parroquianos las costumbres de los fieros animales que se balanceaban sobre sus cabezas, y hasta daba a entender que había tomado cierta parte en su peligrosa caza. Pero al poco tiempo notó que estos adornos, gloria del establecimiento, si enorgullecían a muchos de los habitantes de la colonia, contribuían igualmente al alejamiento de otros. Los había que eran andaluces como «el Gallego», y no tenían las mismas razones utilitarias de éste para sobreponerse a sus preocupaciones. También los había italianos ó de otros países, que, reconociendo la excelencia de los géneros expendidos en el boliche, no osaban, sin embargo, penetrar en su interior. Beber bajo la panza amarilla y las cuatro patas extendidas de un cocodrilo, ¡pase!... Pero levantar los ojos al empinar el vaso y ver aquel serpentón que expelía moscas, mostrando a trechos el cuadriculado repelente de su piel, ¡eso, nunca!

Los más atrevidos sólo se decidían a entrar con la diestra cerrada y avanzando el dedo índice y el meñique en forma de cuernos, para conjurar la mala suerte.

—¡Lagarto! ¡Lagarto!—murmuraban, entornando los ojos para no ver lo que estaba sobre sus cabezas.

Otros, ni aun valiéndose de este conjuro se atrevían a pasar adelante, y en pleno invierno, con las manos en la faja y echando chorros de vapor por la boca, preferían mantenerse fuera, esperando que Friterini, el criado del boliche, les sacase los vasos.

El dueño se sacrificó una vez más ganoso de evitar molestias a su público, y la boa fué descolgada para ser vendida a una taberna de La Boca, en el puerto de Buenos Aires, frecuentada por marineros. Y quedaron por único adorno los cuatro yacarés, que se balanceaban en el techo como lámparas funerarias apagadas.

Otro atractivo del establecimiento eran las banderas que en días de fiesta patriótica ondeaban sobre el techo y el resto del año adornaban su interior. Todos los rectángulos de colores inventados por los hombres, ansiosos de constituirse en grupo aparte para distanciarse de sus semejantes, figuraban en este rincón de la Patagonia; banderas de naciones existentes; banderas de naciones que habían muerto y deseaban revivir; banderas de naciones que no habían existido nunca y pugnaban por nacer.

No quedaba un trabajador en esta «tierra de todos» que no tuviese su trapo patriótico en el boliche. Antonio González había conocido antes que las cancillerías de Europa las banderas que años después iban a ser consagradas por los trastornos de la gran guerra. Todas las admitía: desde la de Irlanda libre a la de la República sionista, que debía establecerse en Jerusalén. Solamente se había disputado una vez con ciertos compatriotas, procedentes de Barcelona, que pretendían imponerle la bandera catalana.

—Yo la admito—dijo con solemnidad diplomática—. Lo único que discuto es sus dimensiones.

Y acabó por aceptarla en su «museo banderístico», como él decía; pero exigiendo que su tamaño no pasase de la cuarta parte de la bandera española.

En días de fiesta patriótica, ayudado por Friterini, procedía al embanderamiento del tejado, dando explicaciones al comisario, único representante de la autoridad. Se expresaba como un jefe de protocolo llamado a consulta por el presidente del Gobierno.

(Continuará en el próximo número)





¿Es España una nación limpia?

**SÍ**

porque el cincuenta por ciento de los españoles se lavan hoy con

**JABÓN  
HENO DE PRAVIA**

PASTILLA 1.50

en todos los bazares, perfumerías,  
farmacias y droguerías.

PERFUMERIA GAL

MADRID



EL GUARDIA. No hay peligro de que se hunda porque se ha puesto como tirante una correa "Excelsior" que fabrica PARCAT y que es más fuerte que el hierro.

Compare precios con las de producción nacional y resistencias con las extranjeras.

Cuero extra, 7 milímetros  
177 kilos por cm.

Balata española 5 telas,  
232 kilos por cm.

Balata inglesa 5 telas  
285 kilos por cm.

**Excelsior 3 telas,**  
180 kilos por cm.

**Excelsior 4 telas,**  
237 kilos por cm.

**Excelsior 5 telas.**  
325 kilos por cm.

S. A. CAUCHO INDUSTRIAL  
Santísima Trinidad, 17.  
MADRID

HELIOS

# LA VIRGEN SALVAJE

NOVELA DE  
**E. CARRASQUILLA-MALLARINO**

(Ilustraciones de ECHEA)

es el título del número que

# LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

# LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de PRENSA GRÁFICA en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

**25 céntimos ejemplar en toda España**

En la República Argentina LA NOVELA SEMANAL se vende con el título de LA NOVELA ESPAÑOLA. Está de venta en todos los puestos de periódicos y en casa de los Agentes de Prensa Gráfica en la República Argentina Sres. Ortigosa y C.<sup>a</sup>, Rivadavia, 698, Buenos Aires

Maravillosa Crema de Belleza  
PERFUME SUAVE  
J. LESQUENDIEU - PARIS

## REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

## CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

EVITA LA CAIDA DEL PELO  
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO  
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Lea usted todos los miércoles

## MUNDO GRÁFICO

## BALNEARIO DE LIÉRGANES ( Santander )

Estas aguas son el único tratamiento eficaz para los catarrros de la nariz, bronquios, pulmón y en la predisposición á ellos, así como en los cólicos nefríticos y afecciones.

SABIDO es la reinención de los gemelos prismáticos por el profesor Abbe y la construcción primaria en 1893 por los talleres de Zeiss.

Durante los tres decenios pasados, los prismáticos ZEISS han justificado su primacía entre los artículos de calidad del aludido ramo de la industria óptica, aserción que hace patente de nuevo el último progreso realizado por la casa Zeiss con respecto á la construcción de prismáticos de ocho aumentos, que ofrecen el mismo campo visual que los gemelos buenos de seis aumentos conocidos hasta ahora.

El surtido de gemelos prismáticos ZEISS abarca hoy 24 modelos distintos, entre ellos prismáticos pequeños, muy manejables y de peso reducido, los cuales, sin embargo, son de efecto óptico sorprendente. Además quedan incluidos los gemelos conocidos para la noche, muy luminosos, de seis, siete y ocho aumentos, y los larga-vistas de aumentos potentes.



## ZEISS

### PRISMATICOS

PARA VIAJE, DEPORTE, CAZA

Fijese en la marca registrada

De venta  
en los  
almacenes de óptica



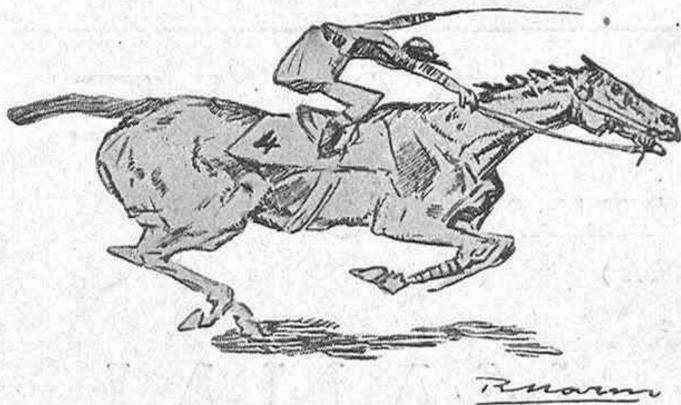
Pídase el Catálogo  
ilustrado "T 438", á  
**Carl Zeiss, Jena**  
(ALEMANIA)

## SULFHYDRAL CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para  
preservación y Tratamiento de la GRIPPE,  
ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES,  
SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA.  
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C<sup>a</sup>, 49, Bruch, BARCELONA

**SE VENDEN**  
los clichés usados en esta revista.  
:: Dirigirse á Hermsilla, 57 ::



# SAN SEBASTIÁN

## HIPÓDROMO DE LASARTE Grandes Carreras de Caballos

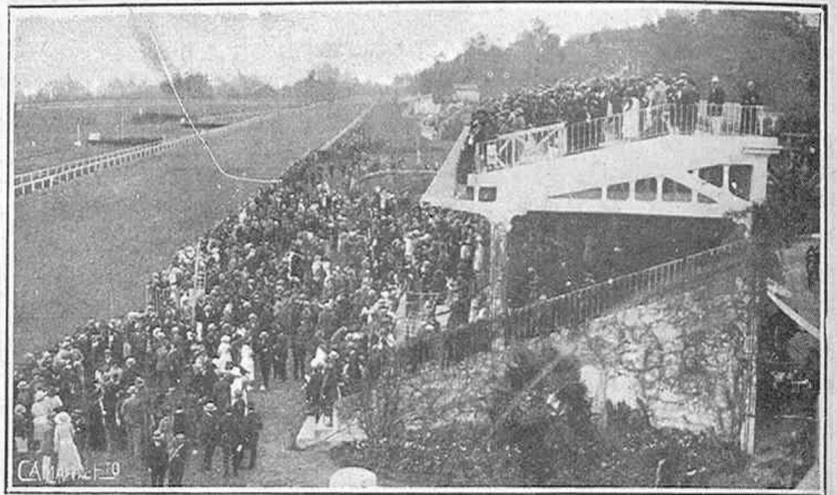
Bajo el Patronato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

27 Reuniones.—Del 9 de Julio al 1.º de Octubre  
**1.500.000 pesetas de premios**

En Julio y Agosto, los Domingos y Jueves.  
En Septiembre, además de los Domingos  
y Jueves, los Martes 12 y 19.  
Último día, el Domingo 1.º de Octubre.

El Domingo 10 de Septiembre  
Gran Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII  
**550.000 pesetas**

EL PREMIO MÁS GRANDE DEL MUNDO



**EL MÁS PODEROSO**  
DE LOS  
**TÓNICOS**



cuyo uso es indispensable  
durante los calores  
para combatir la falta de apetito  
y de las fuerzas.

**VINO DE VIAL**  
QUINA, CARNE  
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes,  
ancianos, mujeres, niños y todas  
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

**PARA ADELGAZAR**  
EL MEJOR REMEDIO  
DELGADOSE  
**PESQUI**



No perjudica á la  
salud. Sin yodo, ni  
derivados del yodo,  
ni thyroidina.

Composición  
nueva, desaparición  
de la gordura  
superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

**PARA SUPRIMIR  
LOS VELLLOS  
Y EL PELO**



Tene mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después de afeitarte, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor.  
Miss GYPCIA, 43, rue de Rivoli, Paris (1.º), vióse un día inculcida a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción sobre la raíz del pelo. Los pelos destruidos de este modo Y A NO VUELVEN A BROSTAR. Tan original metodo va explicado con la mayor claridad en un folleto intitulado: "Un secreto Egipcio" el cual se manda bajo sobre cerrado. GRATIS y muy de cretamente a quien lo pida: bastará escribir adjuntando un sello para la contestación.  
Depósito para España: Senorita S. Mercedes, Nápoles, 272, 1.º, 1.º, Barcelona.

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID  
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:  
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 693, BUENOS AIRES